1502

EL AGENTE DE LOS TEATROS.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS,

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

CADA OVEJA CON SU PAREJA.

PUNTOS DE VENTA:

En Madrid:	*En Provincias:*
Librería de Cuesta, calle Carretas. Librería de Bailly-Bailiere, calle del Príncipe.	En casa de los comisionados del AGENTE DE LOS TEATROS.

12

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACIO
CARGO DE D. JOSÉ MAYQUEZ.

ZARZUELAS.

DE UN ACTO.

Al amanecer, M.
A última hora, M.
Casado y soltero, M.
Donde las dan las toman. L. y M.
El amor y el almuerzo, M.
El estreno de una artista, L. y M.
El Lancero, M.
El Vizconde, M.
Escenas en Chamberí, M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. M.
La Cotorra, M.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo. L.
Por conquista, M.
Un caballero particular, M.
Un pleito, M.
Una tempestad en América, L. y M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
De la muerte á la vida, M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
La cola del diablo, M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.
Catalina, M.
D. Crispin y la Comadre, L. y M
D. Procópio, L. y M.
El Conde de Castralla, L. y M.
El Diablo en el poder, M.
El Esclavo, M.
El hijo del Regimiento, L. y M.
El Juramento, M.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El Secreto de la Reina, L. y M.
El Sueño de una noche de verano
El Valle de Andorra, M.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L. y M.
Fra-Diávolo, L. y M.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes, L. y
La cisterna encantada, L. y M.
La espada de Bernardo, M.
La Giralda, L. y M.
La loca de Edimburgo, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Sirena, L. M.
Los Comuneros, M.
Los Diamantes de la corona, M.
Los Expósitos, L. y M.
Los Magyares, M.
Los Mosqueteros de la Reina, L.
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.

De las obras que van marcadas con la inicial M, *pertenece solo la mu á esta Administracion, y las que llevan* L *y* M *corresponden á la misn libreto y la música.*

CADA OVEJA CON SU PAREJA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID 1859.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, PELAYO, 26.

PERSONAGES.	ACTORES.
DOÑA ROSA, *viuda de treinta y cuatro años.*	D.ª Cármen Carrasco.
EUGENIA, *su hija, de diez y siete.*	D.ª Cármen Berrobianco.
D FABIAN, *abogado, de cuarenta.*	D. Julian Romea.
CARLOS, *pintor, de veintidos.*	D. Gomez.
NICANOR.	D. Florencio Romea.
JORGE.	D José Alisedo.
PLÁCIDO.	D. Serafin Gorcia.
TEODORO.	D. Gascon.

En nuestros dias.—El primer acto en el cabañal de Valencia: el resto en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala de lectura en una alquería ocupada por varios huéspedes.—En el centro una mesa con periódicos.—Puerta en el fondo.—A la izquierda, primer termino, puerta de la habitacion de doña Rosa. Frente á ella, á la derecha, puerta de la de don Fabian.—En segundo término un balcon.—A la derecha un piano: á la izquierda mesa de escribir.

ESCENA PRIMERA.

NICANOR.—TEODORO.—JORGE.—PLÁCIDO.—FABIAN.

(*Jorge está leyendo un periódico.—Plácido dibujando junto al balcon.—Teodoro tirando al blanco con una pistola de sala.—Nicanor cantando al piano.—Fabian jugando á ensartar el boliche.*)

JORGE. «Un jóven químico, natural de Crevillente, acaba de publicar un folleto interesantísimo sobre el modo de sacar azúcar de las chufas.»

PLÁCID. No me salen bien las olas!

TEODOR. (*Tirando.*) Blanco!

NICAN. (*Cantando.*) «La donna e movile
qual piuma al vento... (*Estornuda.*)

FABIAN. (*Jugando.*) Noventa y cinco... Noventa y seis... (*Cada uno suspende un instante su maniobra, y echa una ojeada furtiva hácia la habitacion de doña Rosa: sorpréndense mútuamente, y vuelven á su tarea con rabia.*)

JORGE. «Folleto interesantísimo sobre el modo de sacar azúcar de las chufas...»

PLÁCID. No me salen bien las olas!...

677554

TEODOR. Blanco!
NICAN. Mutta d'acento
é di pensier.
Sempre un amabile... (*Estornuda.*)
FABIAN. (*Con ira.*) Noventa y nueve... Ciento!
NICAN. Caspita, don Fabian! De cien veces...
FABIAN. Si señor: de cien veces... ninguna.
NICAN. Hombre! hombre!... Eso consiste en la posicion de las falanges. Mire usted, los dedos...
FABIAN. (*Tirando el boliche sobre la mesa.*) No señor!... Consiste en que el boliche es un juego que necesita mucha... mucha atencion; y cuando uno está oyendo cantar con un desentono...
NICAN. Ya!...Y quién afina una nota con acompañamiento de pistonazos y de gacetillas!
FABIAN. Pues ya se ve que estos amiguitos podian haber buscado otro sitio para entregarse á sus tareas.
JORGE. Amigo y señor don Fabian, observaré á usted que esta es la sala que hay destinada en la alquería que habitamos para la lectura de periódicos.
FABIAN. Cierto; para leerlos en voz baja.
JORGE. Yo leo alto para no oir el ruido que mete el caballero Teodorito.
TEODOR. Y yo tiro al blanco para no oir cómo se saca azúcar de las chufas.
FABIAN. (*Dirigiéndose á Plácido.*) Bien: siempre resulta que esta sala no es academia de dibujo.
PLÁCID. Señor mio, es la única desde la cual se divisa el Grao, cuya vista estoy haciendo.
FABIAN. (*Mirando.*) El Grao!... Pero hombre, si estas olas parecen festones para enaguas!
PLÁCID. Vaya! qué está usted diciendo?
FABIAN. Señores, señores, dejémonos de bromas. Usted dice que ha venido aquí á leer; usted á dibujar; usted á tirar al blanco, y usted á berre... á grazn .. á cantar?... Sea enhorabuena! á otro perro con ese hueso!—A lo que han venido ustedes aquí es á esperar que doña Rosa salga de su cuarto... la linda viudita, la reina del Cabañal... y como tiene que pasar por esta sala, aguardan ustedes el momento de mendigar una miradita, una sonrisa, ú otra coqueteria semejante, pues!..

NICAN. Pues!... Y usted?

FABIAN. (*Un poco cortado.*) Yo?... yo... he venido aquí á jugar al boliche para hacer ganas de almorzar. (*Todos se rien.*)

NICAN. Qué! Qué!... Usted viene aquí á hacer centinela como nosotros, ni más ni menos, respetable jurisconsulto!

FABIAN. Respetable!... Quiere usted decir viejo? La vejez no está en la edad, señores mios. Los que, como ustedes, no han hecho otra cosa desde la pubertad más que comer, dormir, pasear, y jugar y holgazanear, esos son viejos á los treinta años. Pero el que ha pasado su juventud entre los libros, el que ha consagrado á Temis los años que ustedes á Venus y á Baco, esè á los cuarenrenta tiene la planta firme, la vista clara, el corazon jóven, la sangre hirviendo... y no gasta quevedos, ni vive enclenque, ni tiene cara de tísico, como... como muchos que yo conozco.

NICAN. Brabo!... Pues con todo ese alegato, sostengo que usted viene aquí por doña Rosa, mi caro Licurgo.

FABIAN. Yo?... Buena locura!... Por una coqueta semejante?... cabeza de chorlito... novelesca... caprichosa... mujer sin corazon!.. Y suponiendo que lo tenga... ya es tarde: esta ocupado... ó poco le falta.

NICAN. (*Estirándose la corbata con fatuidad.*) Hola!... cree usted?...

FABIAN. No, no lo digo por usted.—Me refiero á ese jóven pintor...

NICAN. Quién? Carlitos?... Carlitos Mendoza?

FABIAN. El mismo.

NICAN. Ese doctrino, con su eterno chaleco negro?

FABIAN. Ese, que no pierde el tiempo, señor de los cien chalecos.

NICAN. (*Gozoso.*) Hola! ha notado usted?...

FABIAN. Toma! si se pone usted seis ó siete cada dia.

NICAN. Es verdad! Los chalecos son mi flaco! Pero señor, como tenemos el lenguaje de las flores, por qué no hemos de tener el lenguaje de los chalecos? Asi yo, para agradar á una jóven, me pongo un chaleco color de rosa, azul celeste ó

verde manzana: para una mujer ya hecha, azul de Prusia ó venturina oscuro; y en fin, para una coqueta de gran tono, chaleco color de aurora, cuello de tórtola, ó vientre de cervatina.

FABIAN. Pues á pesar de todo ese arco-iris, el Carlitos, con su chaleco negro, ha hecho más él solito, para conquistar á doña Rosa, que todos ustedes juntos.

NICAN. Pero de dónde saca usted?...

FABIAN. De dónde lo saco? se lo voy á decir á usted.—En primer lugar, el otro dia, viniendo de Valencia al Grao, hubo un ligero descarrilamiento... no fué nada... pero doña Rosa se asustó, y con esa imaginacion volcánica que tiene, abre la portezuela y se arroja del wagon... creí que se mataba... No señor: allí estaba Carlitos al estribo, que habia venido corriendo; y la recibió en sus brazos, y evitó que se estrellara.—Otra. —Anteayer íbamos en un bote, dando un paseo por el puerto, y se le cae á doña Rosa la sombrilla al agua. Qué hace Carlitos?... se quita la levita, se tira al mar, y vuelve hecho una sopa á traerle su adminículo.—Pues vaya la gorda.—Un señorito de aquí dijo al pasar doña Rosa no sé qué palabrota dirigida á ella y en valenciano, pensando que no lo entendian. El Carlitos lo entendió, y á la mañana siguiente tenia el gracioso dos cuchilladas regulares, una en la cabeza y otra en el brazo derecho.—Ahí tiene usted lo que ha hecho ese doctrino, con su chaleco negro, caballero don Nicanor!

NICAN. Bien, todo eso yo tambien lo haria...

FABIAN. No lo dudo; pero es que él lo ha hecho ya.

NICAN. Y cómo á estas horas no ha parecido por aquí el caballero andante?... Qué será hoy de él?

FABIAN. No sé; pero apostaria á que en vez de entretenerse en estropear árias y dibujar festones de enaguas, nos está preparando alguna!... .

NICAN. Hola! ya le pillé!

FABIAN. A mí?

NICAN. Si señor! Ha dicho usted, *nos* está preparando: con que...

FABIAN. Toma! toma!... He dicho *nos*... porque... por-

que me intereso por todos ustedes.... Son ustedes buenos muchachos!... Les falta un poco de ingenio... de audacia... de instruccion y de otras varias cosas... Pero no... en el fondo son ustedes buenos muchachos, y la verdad, yo quisiera que lograran ustedes contrabalancear un poco el ascendiente que va tomando ese condenado pintor... el diablo lo confunda!... (*Abrese la puerta izquierda.*)

JORGE. Señores, doña Rosa!

(*Movimiento general.—Nicanor descubre el chaleco y se cala los quevedos.—Teodoro se arregla la corbata.—Plácido se compone el peinado.—Fabian se peina las cejas.*)

ESCENA II.

Dichos.—DOÑA ROSA.

LOS HOM. (*Saludando.*) Señora!...

ROSA. Oh! que están ustedes aquí!

NICAN. Súbditos humildes que vienen á informarse de la preciosa salud de usted.

ROSA. Mi preciosa salud lo agradece. Pero no tiene otro objeto esta visita matinal?

NICAN. Tomar las órdenes de nuestra soberana para el dia de hoy.

ROSA. Y nada más?

NICAN. (*Cortado.*) Nada más.

ROSA. (*Aparte mirando alrededor.*) No está él aquí!—Me lisonjean mucho esas muestras de sumision; pero no puede menos de sorprenderme que mis súbditos se presenten sin un ramillete, siendo hoy mis dias.

TODOS. Sus dias!

NICAN. (*Ap.*) Ay! qué piña!

ROSA. 30 de Agosto: Santa Rosa de Lima. Ninguno lo sabia?... (*Ap.*) Ni él; que no le veo llegar!

NICAN. En el Cabañal no hay quien venda flores...

ROSA. En Valencia si.

JORGE. Hubiera sido afrentarlas poniéndolas al lado....

PLÁCID. De la rosa de las rosas!

TEODOR. Lo iba á decir!

ROSA. Bien: les perdono á ustedes la falta de flores campestres, en gracia de la sobra de flores retóricas. Pero usted, Fabian, mi antiguo amigo, hombre de libros... en usted es imperdonable!

FABIAN. Me condena usted con demasiada ligereza; yo he encargado un ramillete, que estoy esperando, y que le ha de gustar á usted.

ROSA. Ah! perdone usted; y gracias anticipadas.

FABIAN. Ya me las dará usted luego.

ROSA. Ea, vamos á hacer el programa del dia de hoy. (*Se sienta á la mesa.*)

NICAN. (*Saca una cartera y se sienta.*) Sirvase usted dictar; yo escribiré.

ROSA. Despues de almorzar, paseo marítimo: visita al vapor Pizarro. Usted no querrá acompañarnos, Fabian?

FABIAN. Por qué no?

ROSA. Como se marea usted!...

FABIAN. Yo no me mareo... en el mar.

ROSA. Esta noche á las nueve ensayo de los lanceros para el baile del domingo... Calla! Cárlos es mi vis-á-vis, y habrá que avisarle....

NICAN. Carlitos?... Apropósito... ahí le tiene usted.

ROSA. (*Ap.*) Ah! ya está aquí!

ESCENA III.

Dichos.—CÁRLOS, *con un ramillete.*

CÁRLOS. Perdóneme usted que sea el último á felicitarla en sus dias, y dignese usted aceptar este ramo.

ROSA. Oh! qué precioso!... Precioso! no es verdad, Fabian?

FABIAN. (*Sin mirar.*) Muy bonito. (*Ap.*) Demonio de hombre!

ROSA. Y estas dálias!... Aquí no las hay!...

FABIAN. Dónde diablos ha encontrado usted eso?

CÁRLOS. En Valencia.

NICAN. Hasta allí ha ido usted?...

CÁRLOS. Sí señor. Esta mañana al amanecer: he recor-

rido cuantos jardines hay hasta encontrar dálias de ese color.

ROSA. Y qué más daba?...

CÁRLOS. Don Fabian me ha dicho que son las que á usted le gustan más.

ROSA. (*A Fabian.*) Ah! usted se lo habia dicho?...

FABIAN. Calla!... ahora recuerdo... pero hace lo menos quince dias que se habló de eso.

CÁRLOS. Es verdad.

ROSA. (*Ap.*) Y no lo habia olvidado!

NICAN. (*Ap.*) Majadero! (*Suena una campana.*)

ROSA. Qué es eso?

NICAN. Primer toque para el almuerzo.

ROSA. Voy á poner en agua mi lindo ramillete, y soy con ustedes. Gracias, Cárlos! Y ustedes perdonados. (*Saluda y se va á su habitacion.*) No hay duda: me ama!... me ama!

CÁRLOS. (*Ap.*) Creo que he ganado su corazon!

FABIAN. (*Aparte á Nicanor.*) Ha observado usted?... le cabe á usted duda?...

NICAN. (*Aparte á Fabian.*) Qué se yo!.... qué sé yo!....

ESCENA IV.

Dichos, menos DOÑA ROSA.

FABIAN. Han oido ustedes? «Perdonados.» Eso quiere decir que no nos perdona.

CÁRLOS. (*Sentándose junto á la mesa.*) Y de qué?

FABIAN. Toma! De no haber hecho un viaje á China á traerle tulipanes. Usted tiene la culpa, que nos la está echando á perder. Hoy se contenta con dálias... mañana querrá la luna... y pasado mañana el sol... Eh!... es una mujer fabulosa!.... fantástica, exijente... vitanda!

CÁRLOS. (*Sonriendo.*) De veras? Pues usted la pretende, señor don Fabian.

FABIAN. Yo no la pretendo: qué la he de pretender!... Y vamos... aunque la pretendiese... á mí me iria bien porque no soy celoso... pero el que fuera celoso, ya estaba divertido con ella!... Luego es una muger que despilfarra de una

manera!... lo que ella gasta en trapos... siempre de baile en baile....

CÁRLOS. Pero usted la pretende....

FABIAN. (*Sin oir.*) A mí, que soy rico, no me importa eso... Pero usted!... un artista que empieza.... sin caudal... nada! nada! trabajar!... pintar mucho!... encerradito en su estudio... hasta hacerse rico....

NICAN. (*A Cárlos.*) Sin contar con que usted tendra veinte ó veintiun años... y ella se acerca á los treinta.

FABIAN. Perdone usted: no se acerca: se aleja.

CÁRLOS. Cómo es eso?

FABIAN. Como que los ha cumplido... y cuatro más por añadidura.

CÁRLOS. No lo creo.

FABIAN. Y si yo se lo pruebo á usted? Si le enseño su fé de bautismo?

CÁRLOS. En ese caso!... (*Segundo toque.*)

NICAN. Señores, á almorzar!

JORGE. (*Mirando por el balcon.*) Ahí llega el tren de Valencia.

FABIAN. El tren!... Puede que en él me traigan la fé de bautismo.

CÁRLOS. Bien, la veremos.

FABIAN. La verá usted. (*Se va.*)

NICAN. Veamos antes... el almuerzo. Vamos.

ESCENA V.

CÁRLOS *solo.*—*Luego* EUGENIA Y DON FABIAN.

CÁRLOS. La cosa va muy bien! Ya me he ganado el afecto de doña Rosa, y siguiendo así, en lo que queda de temporada acabo de conquistarla. Voy á escribir á Toledo. (*Escribe.*) «Eugenia mia: la fortuna se declara en nuestro favor: tu consejo ha sido precioso: se me han presentado algunas ocasiones de hacerme agradable á los ojos de doña Rosa, y me está manifestando públicamente un afecto marcadisimo. Solo aguardo ya

un momento favorable para declararla...» (*Sigue escribiendo.—Don Fabian sale por el foro con Eugenia.*)

FABIAN. Dónde?... Ah! allí está. (*Dándole en el hombro.*) Caballerito: aquí tiene usted la fé de bautismo que le ofrecí.

CÁRLOS. (*Ap.*) Eugenia!...

EUGEN. (*Ap.*) Cárlos!

FABIAN. Tengo el gusto de presentarle á usted la hija de doña Rosa.

CÁRLOS. (*Saludando.*) Señorita!...

FABIAN. Qué dice usted de esto?

CÁRLOS. Digo que... no creia....

FABIAN. Ya! que tuviese una hija de diez y nueve años?..

EUGEN. Diez y siete!... perdone usted...

FABIAN. Diez y siete no más?.. Es verdad, diez y siete... pero cualquiera te echaria los diez y nueve... (*A Cárlos.*) Mire usted!... Mire usted qué esbelta... qué desarrollada!... Una mujer hecha y derecha!... Esto no le gustará á su madre... porque la hará parecer más vieja de lo que es... pobre señora!

CÁRLOS. Oh! doña Rosa no es todavía...

FABIAN. (*Ap. á Cárlos.*) Vamos, confiese usted que no le ha gustado ver que tenga una hija tan grande.

CÁRLOS. Se equivoca usted: al contrario!

FABIAN. (*Ap.*) Quiere disimular, pero está cargado!

EUGEN. (*A Fabian.*) Con que el señor conoce á mi mamá?

FABIAN. Que si la conoce?... Vaya!... y la hace la córte.

EUGEN. (*Riendo.*) De veras?...

FABIAN. Eso te sorprende, no es verdad?... Pues sí, hija mia, la hace la córte, mira tú!—Se bate por ella... salta de los wagones... se tira de cabeza al mar... se anda una legua para traerla dálias azules... Qué te parece?

EUGEN. Me parece muy bien!

FABIAN. Cómo! Tú apruebas esas locuras?

EUGEN. De modo es... que si este caballero tiene sus razones para querer agradar á mamá...

FABIAN. Ya lo creo que las tiene! Pero esas razones serian plausibles si el señor tuviera diez años más, ó tu madre diez años menos.

EUGEN. Es que entonces... quizá el señor no haria eso.

FABIAN. Qué?... A ver, á ver: tú crees que si tu madre tuviera diez y ocho años, el señor no la haria la córte?

EUGEN. Pues!

FABIAN. Calla! Con que tú crees que los jóvenes deben amar á las mujeres maduras?

EUGEN. No!

FABIAN. «Pues!... No!...» Qué diablos!... Esplícate.

EUGEN. Digo que me parece que el señor hace bien en querer ganarse el afecto de mamá; y que haria mal en hacerle la córte...

FABIAN. Ah! já!—Ahora soy de tu parecer: y creo que el señor lo será tambien cuando reflexione que doña Rosa tiene ya una hija casadera... porque tú ya te debes casar...estás perdiendo tiempo... A tus dotes físicas y morales, reunes una dote metálica soberbia! 30,000 duros que te ha dejado tu tio...

CÁRLOS. Qué dice usted?.. Esta señorita...

FABIAN. Un hermano de su padre, que ha muerto en Guanabacoa... un solteron... Qué es eso? Qué indica ese gesto?... (*Ap.*) Le fastidia que la chica se case pronto... y le haga abuelastro!

CÁRLOS. (*Ap.*) Rica!...

FABIAN. (*Ap. á Cárlos.*) Oiga usted: si usted se casa con la madre, me caso yo con la hija... Seria curioso que fuese usted mi padrastro... y abuelo de mis hijos... y sus hijos de usted serian tios de los mios!... Já, já!... Tendria que ver!...

CÁRLOS. (*Ap.*) Es rica!

FABIAN. (*Ap.*) Está aterrado!

EUGEN. Ay! aquí viene mamá!

FABIAN. (*Ap.*) Ahora vamos con ella! (*Se coloca delante de Eugenia.*)

ESCENA VI.

Dichos.—DOÑA ROSA.

ROSA. Amigo Fabian, el tren de Valencia ha llegado: dónde está el ramillete?

FABIAN. (*Apartándose.*) Aquí lo tiene usted.

ROSA. (*Con un grito de sorpresa y de gozo.*) Mi hija!... Mi hija aquí! (*La abraza y la besa.*) Eugenia mia!... qué crecida!... qué hermosa!

FABIAN. Qué guapa chica, eh?... Y aun tiene que crecer!... (*A Cárlos.*) Vaya!... aun tiene que crecer mucho... mucho más!

ROSA. Pero espliqueme usted... Qué es esto?

FABIAN. Muy sencillo. Hace ocho dias que don Victoriano... ya sabe usted... mi amigo don Victoriano...

ROSA. Ya sé.

FABIAN. Pues bien, me escribió que venia aquí á traer á su hija para que tomase la segunda temporada de baños. Por entonces me habia escrito tambien don Julian... ya sabe usted... mi amigo don Julian, el médico del colegio de Toledo, donde está Eugenita...

ROSA. Ya sé.

FABIAN. Pues bien, me decia don Julian que mi ahijada andaba tristona y desmejorada hacia algun tiempo, y que convendria sacarla de allí unos dias á que se distrajera. Qué hago yo entonces? Escribo á don Victoriano que la recoja, y se la traiga aquí con su hija...

ROSA. Y no me ha dicho usted nada?...

FABIAN. He querido darle á usted esta agradable sorpresa.

ROSA. Fabian!... tome usted esa mano!... (*Se la alarga.*)

FABIAN. Venga!...

ROSA. Vamos!... Bésela usted!

FABIAN (*Despues de besarla, sin poder respirar de emocion.*) Ay!... no puedo respirar!... (*Mirando con aire de triunfo á Cárlos, el cual permanece impasible.*) Lo disimula... pero está echando chispas!

EUGEN. Con que te alegras de verme, querida mamá?

ROSA. Pues no me he de alegrar, diablillo!—Dime, sigues siendo tan enredadora?

EUGEN. No, mamá.

ROSA. Desde cuándo?

EUGEN. (*Mirando furtivamente á Cárlos.*) Desde la última Semana Santa.

ROSA. Es un milagro que hizo el Señor?

EUGEN. Así lo creo, mamá: es un milagro que hizo *el señor*. (*Aludiendo disimuladamente á Cárlos.*) No digo bien?

CÁRLOS. (*Cortado.*) Señorita... yo... no sé...

ROSA. Calla! tú conoces á Cárlos?

EUGEN. Sí, mamá: le he visto en Toledo muchas veces, cuando iba á visitar á su hermana, que está en el colegio conmigo.

ROSA. Pues Eugenita, conoces al hombre más obsequioso... más amable... (*A Fabian que se ha puesto delante de Cárlos.*) Apártese usted;—y más discreto que he tratado en mi vida.

EUGEN. (*Ap.*) Qué gusto!

CÁRLOS. (*Ap.*) Qué suplicio!

FABIAN. (*Ap. observando á Carlos que se ha quedado triste desde el fin de la escena anterior.*) Está aplastado!—Voy á darle el golpe de gracia antes que se reponga.—(*A Eugenia que está hablando con su madre.*) Con que... tú tendrás mil cosas que contarle á tu madre: las dejamos á ustedes.—(*Cárlos no se mueve.*) Cárlos?...

CÁRLOS. (*Ap*) Es rica!...

FABIAN. Carlitos?

CÁRLOS. (*Saliendo de sus cavilaciones.*) Mande usted?

FABIAN. Nada: decía yo á estas señoras que las dejamos.

CÁRLOS. Ah!... perdone usted.—(*Saludando.*) Señora!... señorita!... (*Ap.*) Debo renunciar á ella!... debo partir!... no hay remedio!

ESCENA VII.

ROSA.—EUGENIA.

ROSA. Ahora que estamos solas, ven á darme otro beso!... y déjame que te mire!... Sabes que te vas haciendo buena moza!

EUGEN. Sí, mamá.

ROSA. Niña!... Qué dices?

EUGEN. Que sí, mamá.

ROSA. Bien!... me gusta la franqueza!

EUGEN. Toma! no me tienes dicho que no hay nada más feo que mentir?

ROSA. Ya! tienes razon.—Con tal que en todo seas así y no tengas secretos para tu madre...

EUGEN. Corriente: con la condicion de que tampoco los tengas tú para mí?

ROSA. Oh! eso yo te lo prometo!—Y qué feliz idea ha sido la de Fabian!... Has de saber que tenia yo el proyecto de hacerte venir aquí.

EUGEN. De veras?

ROSA. Sí. Tengo que hablar contigo de un asunto sumamente sério.

EUGEN. Sí?

ROSA. Ven acá (*Se sienta á la derecha, y hace sentar á Eugenia á su lado.*) Tú me has dicho que conocias á Cárlos?... Qué tal te parece?

EUGEN. Muy bien.

ROSA. (*Con gozo.*) De figura, verdad?

EUGEN. Oh! sí!

ROSA. Y en cuanto á conversacion... á talento... á modales?

EUGEN. Muy bien! muy bien!... y muy formal, y de mucho carácter!

ROSA. (*Gozosa.*) Mucho!...

EUGEN. Y al mismo tiempo tan dulce, tan sumiso, tan amable!...

ROSA. Oh! muy amable!... Qué placer me causa verte hablar así! (*La da un beso.*)

EUGEN. Querida mamá.

ROSA. Con que es decir... que... si se relacionara con nosotras íntimamente... tú le verias en casa todos los dias sin repugnancia?

EUGEN. Por supuesto!

ROSA. Y con gusto?

EUGEN. Yo lo creo.—Pero dime: por qué me haces todas esas preguntas, mamita mia?

ROSA. (*Levantándose y yendo á la mesa de escritorio.*) Muy pronto lo sabrás.

EUGEN. (*Ap.*) Dios mio!... se me figura que lo acierto!... (*Viendo á su madre escribir.*) A quién estás escribiendo?

ROSA. A varios amigos... Convidándolos á celebrar tu llegada.

EUGEN. Cárlos será uno de ellos?

ROSA. (*Sonriendo.*) Creo que sí.

EUGEN. Dí, mamá, te parece que me ponga otro vestido?
ROSA. Como quieras.
EUGEN. Pues voy.—(*Dándola un beso.*) Te quiero mucho! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ROSA.

(*Escribiendo varias cartas.*) Tambien ha sido feliz casualidad que haya conocido á Cárlos, y que simpatice con él!—Si Eugenia le tuviese aversion, seria bastante motivo para que no me resolviera á dar el paso... Y la verdad, conozco que me costaria mucho esfuerzo y mucha pena renunciar á este sueño de felicidad! La diablura que hay aquí es que Cárlos sea más jóven que yo!... Y no así como quiera, sino que le llevo... Pero es tan formal... tan juicioso... Y sobre todo, le quiero, le quiero... y él me quiere! (*Toca la campanilla: sale un criado.*) Que repartan esas cartas donde dicen los sobres. (*Vase el criado.*)

ESCENA IX.

ROSA.—DON FABIAN.—NICANOR: *trae chaleco azul ó venturina.—Fabian y Nicanor vienen disputando.*

FABIAN. Le digo á usted que machaca en hierro frio.
NICAN. Pero no dice usted que el pintorcito ha resuelto abandonar el campo?
FABIAN. Y eso le adelanta á usted el pleito?
NICAN. Lo mismo que á usted.
FABIAN. *Dubito!*
NICAN. Qué quiere decir eso?
FABIAN. Que lo dudo.
NICAN. Ahora lo veremos.
ROSA. (*Levantándose.*) Qué ocurre, señores!
FABIAN. Venimos ambos á dos á dirigir á usted una interpelacion sobre el mismo asunto.

ROSA. Ya estoy escuchando.
FABIAN. Hable usted.
NICAN. No: despues de usted: primero los mayores en edad, dignidad, etc.
FABIAN. Es que yo cedo mi derecho...
NICAN. Nada: yo suplico á usted...
FABIAN. Bien: por complacer á usted tomo la palabra.
ROSA. Gracias á Dios! (*Riendo.*)
FABIAN. Señora: antes de venir al punto de la cuestion, cuestion en que está cifrada mi futura felicidad, permítame usted que eche una breve mirada retrospectiva. Diez y ocho años há que tenia usted diez y seis y yo veinte y dos, y que la amaba á usted.—En tal estado le declaré á usted mi amor, y usted respondió á aquella declaracion... dando su mano á don Sebastian Orozco, mi íntimo amigo.—El golpe fué tremendo! Recuerdo que tuve momentos de soñar con el Canal y con los fósforos de Cascante!... Por fin, venció la reflexion, y me sentencié á pasar la vida amándola á usted en secreto, y condenado á perpétuo celibato. Corrieron asi los años; y por fin, hace once meses y seis dias que Sebastian, víctima del tifus, pasó á mejor vida.—Digo *mejor vida*, hablando cristianamente.
NICAN. (*Ap.*) Discurso de abogado.
FABIAN. Como en tantos años de penitencia habia logrado dividir mi corazon en dos partes, una llena de amor á usted, y otra llena de amistad á Sebastian, se comprende fácilmente que á la vista de tal acontecimiento, mi corazon de amigo pagara su tributo al finado, vertiendo amargas y sinceras lágrimas, y que mi corazon de amante se abriera á las perfumadas brisas de la esperanza y del amor!
NICAN. (*Ap.*) Es un poeta!
FABIAN. Todavía, sin embargo, me propuse pagar otro tributo á las formas admitidas, imponiendo silencio, durante el año de rúbrica, á las espansiones de mi corazon...
NICAN. (*Aparte doblándose los puños y dirigiéndose al piano.* Esto pide acompañamiento de piano!
FABIAN. De mi corazon número 2... En efecto, en los

susodichos once meses y seis dias, no se han despegado mis lábios. Pero persuadido de que los veinte y cuatro dias que faltan son parte mínima en que cabe gracia de indulto, me presento hoy, al cabo de diez y ocho años y largo pico de constancia y abnegacion, á reiterar á usted la demanda que le hice entonces, el dia 14 de Julio, á las doce y tres cuartos de la mañana.

NICAN. (*Bajándose los puños.—Aparte.*) Es un abogado.

ROSA. (*Sonriendo.*) Mi querido amigo Fabian, no tengo palabras con que espresarle á usted mi gratitud por ese afecto tan profundo y constante!.. Conozco que la razon me aconseja corresponder á él....

FABIAN. Punto y coma; pero....

ROSA. Pero... ya sabe usted aquellos versos:

«En vano á la puerta llama
quien no llama al corazon.»

Y yo, amigo mio, tengo hecha mi eleccion.

NICAN. (*Entusiasmado.*) Oh! cielos!.... Seria yo tan venturoso?...

ROSA. Ay! Nicanor!... perdone usted!.. Yo estimo en el alma las atenciones de un hombre como usted, que posee... tan bonitos chalecos... pero..: no, no aludia á usted ahora.

NICAN. Pues á quién?

FABIAN. Este hombre pregunta á quién! Con que, en suma, prefiere usted un barbilindo, un pollo á un hombre que lleva diez y ocho años largos de servicio? que ha vivido ahogando su pasion en los Vinios y los Pandectas?... que ha comprimido el fuego de su amor bajo el birrete y la toga?... Y sepa usted que mis alegatos y escritos, mis discursos forenses, todo eso que me ha dado nombre y fama era obra de usted... inspiracion de usted... eran las bálbulas por donde se desahogaba el incendio que ardia en mi corazon!... Y cuando llega el dia en que puedo abrirle las compuertas del pecho, me planta usted delante un mequetrefe cuyo mérito consiste en saber

nadar, buscar dálias azules y darse de cuchilladas!

NICAN. (*Ap*) Calla! con que es ..

FABIAN. Señora! eso es irritante! Y puesto que, segun veo, está usted resuelta á dar un paso que no vacilo en calificar de insensato, al menos no seré yo testigo de tamaño absurdo.

ROSA. Se marcha usted?

FABIAN. Sí señora!

ROSA. Y á dónde se va usted?

FABIAN. A China!—Voy á hacer la maleta.

ESCENA X.

Dichos.—EUGENIA.

EUGEN. Mamá!... Ah!... perdonen ustedes!...

ROSA. Qué quieres, hija mia?

EUGEN. La peinadora está ahí.

ROSA. Bien.

NICAN. (*Ap.*) Con que tiene una hija!...

ROSA. Hasta despues, señores. (*Á Fabian.)* Porque yo espero....

FABIAN. Le he dicho á usted, señora, que voy á hacer la maleta! Voy á hacer la maleta!

(Rosa y Eugenia se van á su habitacion: Fabian á la suya.)

ESCENA XI.

NICANOR.

Con que es su hija! qué espigadita! y qué graciosa, y qué elegante!... La madre es más... magestuosa!... pero la hija es más bonita... y debe ser más jóven!... Calla!... pues este es mi negocio!...

ESCENA XII.

NICANOR.—FABIAN.—CÁRLOS.

(Fabian y Cárlos salen por diversos puntos, cada uno con una maleta que pone sobre la mesa para cerrarla: tropiezan uno con otro.)

FABIAN. Permítame usted que... Calla!... es usted?... Qué es lo que va usted á hacer?

CÁRLOS. No lo está usted viendo? á cerrar mi maleta.

FABIAN. Pues dónde va usted?

CÁRLOS. Lejos de aquí.

FABIAN. Cómo lejos?... Ahora que ha ganado usted el pleito, se va?

NICAN. (*Ap.*) Con que este es el mocito!...

CÁRLOS. Ganado? Aun faltaba el consentimiento de doña Rosa... y no lo pido... Me voy.

FABIAN. Doña Rosa es una loca, que está decidida por usted... ha conocido su amor, y.. (*Ap.*) Anda!.. ahora lo estoy yo deteniendo... (*A Nicanor.*) Soy un majadero!

NICAN. Tal es mi opinion.

CÁRLOS. Conozco las simpatías que merezco á doña Rosa; creo que podria aventurarme sin recelo á pedirla su consentimiento; pero, en las presentes circunstancias, podria ella creer que me guiaba el interés, que trataba yo de buscar una posicion... (*Cerrando la maleta.*) Y ya ve usted....

FABIAN. Lo que yo veo es que usted es el preferido!.... que ha despreciado por usted un partido magnífico!...

NICAN. Dos!

FABIAN. Y ciento!... En fin, que consiente!... que archiconsiente!

CÁRLOS. Pero está usted seguro de eso?

FABIAN. Cómo si estoy seguro?... Y he malgastado más elocuencia que empleó Ciceron, para probarle...

CÁRLOS. (*Echándole los brazos con la maleta agarrada*

de una asa.) Amigo mio!.. mi querido amigo!... Mi protector!...

FABIAN. *(Desasiéndose.)* Eh! no!... poco á poco!... No me ha entendido usted!... Queria decir: para probarle que semejante matrimonio era un absurdo!... que usted es un pollo con los cascos á la ginela!...

CÁRLOS. (*Con alegría.*) Todo eso le ha dicho usted?....

FABIAN. Y otras muchas cosas!... Pregúntele usted al señor, que estaba presente.

CÁRLOS. Y dice usted que consiente, apesar...

FABIAN. Apesar de todo!

NICAN. De todo!

CÁRLOS. (*Echándole otra vez los brazos al cuello.*) Ay! señor don Fabian! Si supiera usted lo feliz que me ha hecho!

FABIAN. (*Sirviéndose de su maleta como de lanza para desviarlo.*) Dale!... quiere usted apartarse y no sobarme?...

CÁRLOS. ¡Ay! Perdone usted!... No habia reparado... Qué es eso?... se marcha usted?

FABIAN. Sí, señor, me marcho.

CÁRLOS. Y á dónde va usted?

FABIAN. A dónde?... A un pais en que haya sindéresis y criterio!... en que los enamorados no hagan el papel de barba, y las madres el de dama jóven: á un pais en que vaya cada oveja con su pareja!... Ahí voy! y no pienso parar hasta que le encuentre! (*Vase furioso.*)

NICAN. (*Ap.*) Y yo á cambiar de chaleco para hacer mi nueva peticion. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

CÁRLOS.—*Luego* DOÑA ROSA Y EUGENIA.

CÁRLOS. Qué le habrá pasado? Genialidades suyas!... Me ha hecho demasiado feliz para que vaya á picarme por lo que me ha dicho.—Pero es posible?.. Doña Rosa consiente?... Ha comprendido que es el amor y no la ambicion el móvil que me guia! Ah! cómo hallaré yo palabras para mos-

trarle la gratitud que siente mi corazon!... Ella viene!... Estoy temblando!... (*Doña Rosa y Eugenia salen por la izquierda.*)

ROSA. Ah!... me alegro de hallar á usted aquí, Cárlos; porque ha llegado el momento de que le hable á usted de un asunto muy grave, y muy serio!

CÁRLOS. (*Embargado por el gozo.*) Tambien yo, señora... hace ya mucho tiempo que deseaba...

ROSA. Mucho tiempo hace tambien que hubiera yo tratado de hacerlo... pero queria, ante todo, consultar los sentimientos de mi hija. Ya lo he hecho; y sabiendo cómo piensa, no vacilo en declarar á usted, Cárlos, que es usted el hombre más digno de mi afecto, que he conocido.

CÁRLOS. Señora!...

ROSA. Solo que á fuerza de quererme agradar... me iba usted ya comprometiendo.

CÁRLOS. Yo, señora?...

ROSA. Si, me comprometia usted con sus obsequios y atenciones... No le culpo á usted: conozco la pureza y la lealtad de su corazon. Pero ya es tiempo de hacer callar á la maledicencia... no opina usted lo mismo que yo?

CÁRLOS. (*Fuera de sí.*) Oh! Señora!... Crea usted que si la desconfianza no me hubiera detenido, ya hace mucho tiempo que me hubiese declarado á usted.—Pero yo queria dar lugar á que usted me conociese á fondo... Y ademas... tambien yo necesitaba la presencia de Eugenita para que me inspirase valor!... Ya que está delante no debo ni puedo callar más tiempo... y le pido á usted la mano de su hija.

ROSA. (*Desconcertada.*) Su mano?... Pero... Cárlos.... me pide usted la mano... de mi hija?

CÁRLOS. Sí, señora!

EUGEN. Sácale de penas, mamá!... Dile que consentimos... que tú consientes.

ROSA. (*Procurando ocultar su turbacion.*) Con que tú... le amas?

EUGEN. Ay!... Hace mucho tiempo... Desde la Semana Santa en Toledo!

ROSA. Ah!...

EUGEN. Confieso que debí decírtelo... pero preferí que

antes le conocieras y le estimaras... y por eso le envié aquí con órden de que en este verano habia de hacer tu conquista. Mira si ha cumplido bien; que aun no se ha acabado el verano, y ya...

ROSA. (*Con sonrisa forzada.*) Con que es decir... que todos esos estremos... todas esas galanterías...

EUGEN. Era nuestro plan de campaña contra tí.

ROSA. Ya! ya!... ahora caigo... No me habia figurado... la verdad... que este caballero... fuese tan... no creí...

EUGEN. Pues qué te figuraste?...

UN CRIA. (*Que sale.*) Los huéspedes preguntan si se puede pasar...

ROSA. Dios mio!... Los que yo habia citado para anunciarles el matrimonio...

EUGEN. Nuestro matrimonio?...

ROSA. Vuestro... matrimonio... Sí!

EUGEN. Querida mamá!

ESCENA XIV.

Dichos.—JORGE.—PLÁCIDO.—TEODORO.

JORGE. Señora, usted ha tenido la bondad de citarnos para darnos parte de un suceso importante, y venimos con toda puntualidad á que usted se digne...

ROSA. (*Ap. Despues de un momento de vacilacion, mirando á Eugenia y á Cárlos, que están hablándose en voz baja muy alegres.*) Qué esfuerzo me cuesta!... Ea, valor!—Señores, me he tomado la libertad de citar á ustedes para darles parte del matrimonio de mi hija, que presento á ustedes, con don Cárlos Mendoza. (*Sorpresa general.*)

JORGE. Amigo!... Tiene usted un singular método de hacer la córte á las hijas!... Aquí hubiéramos apostado todos á que se dirigia usted á su señora madre!

ROSA. (*A Cárlos con donaire forzado.*) Vé usted, Cár-

los, cómo decia yo bien, que me estaba usted comprometiendo!

JORGE. Oh! aquí está ya Nicanor!

ESCENA XV.

Dichos.—NICANOR: *con chaleco verde manzana.*

EUGEN. Ay! qué eleganton viene!

NICAN. Señorita!... Esa amable observacion es ya de escelente agüero para la peticion que voy á tener el honor de dirigir á su señora mamá de usted.

ROSA. No comprendo!...

NICAN. Señora: cediendo á la violencia de un amor instantáneo y profundo, vengo á pedir á usted la mano de la señorita Eugenia, su hija.—(*Todos se echan á reir.*) Vaya!... no veo en qué está lo risible de mi peticion!

CÁRLOS. Permita usted: consiste en que usted ignora que esta señora acaba de concederme en este instante la mano de su hija.

NICAN. (*Aturdido.*) Cómo es eso!... Pues usted!... (*Ap.*) Pues no era á la madre á quien este hombre... Yo estoy desorientado!... (*Permanece absorto.*)

ROSA. Pasemos al jardin... *Cárlos va á darle el brazo: ella finge no haberlo visto.*) Deme usted el brazo, Jorge. (*Vase del brazo de Jorge: siguen Eugenia y Cárlos: luego Plácido y Teodoro.*)

NICAN. Pues señor, la madre queda vacante.—No es tan bonita como su hija... ni tan jóven... pero es más... magestuosa!... Voy á mudarme de chaleco!—(*Vase apresuradamente.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en casa de doña Rosa.—Puerta al foro y laterales.—A la derecha un sofá.

ESCENA PRIMERA.

NICANOR.—UN CRIADO.

(*Nicanor sale precedido de un criado; y ya se entiende que trae otro chaleco.*)

NICAN. Tenga usted la bondad de anunciarme á la señora: ya sabe usted, su amigo Nicanor.—Dígala usted que deseo verla. (*Vase el criado por la izquierda.*)—Pues señor, vengo de mano armada. Despues de aquel golpe en vago que di en el Cabañal, necesitaba rehabilitarme, y he dejado pasar dos meses desde que volvimos á Madrid, frecuentando la casa, muy solícito con la madre, sin volver á tocar directamente la cuestion. Hoy creo que es el momento oportuno. Doña Rosa no quiere que se celebre el matrimonio de Eugenita con Cárlos hasta que regrese don Fabian, que ha de ser el padrino, y que anda no sé por donde. Me presento hoy aquí... con mi chaleco, y le ofrezco resueltamente á doña Rosa mi corazon y mi mano: queda la cosa acordada, y pueden celebrarse las dos bodas en un dia.—Oh! aquí viene.—(*Echa atrás las solapas para dejar ver el chaleco.*)

ESCENA II.

NICANOR.—ROSA.

ROSA. Buenos dias, Nicanor. Qué tempranito!...

NICAN. Señora...

ROSA. Oh! lo agradezco más.

NICAN. Señora!... esa amable espresion es de escelente agüero, y ella me guia por la senda de la esperanza al objeto de esta visita matinal.—Yo venia...

ROSA. (*Sentándose en el sofá.*) Dígame usted, Nicanor: estuvo usted ayer en las carreras de la casa de Campo?

NICAN. Si señora: han sido magníficas!... Estuvo lloviendo toda la tarde.—Ganó el premio la yegua Stopinghoussen. (*Siéntase en una silla al lado del sofá.*) Pues yo venia...

ROSA. Nosotras no pudimos ir: se ha encojado una yegua y estamos á pié. Vió usted mucha gente conocida?

NICAN. Sí señora: nuestros compañeros del Cabañal: Jorge, Plácido, Teodorito..,

ROSA. Y Cárlos?...

NICAN. Tambien: allí le ví... en un sitio retirado... con su cartera y su lápiz... creo que sacaba una vista del espectáculo...

ROSA. Hola!.,. No nos ha dicho que iba.

NICAN. Y, si no es indiscrecion, se ha fijado ya la época del casamiento?

ROSA. Sí. Es decir... á punto fijo... todavía no.

NICAN. Desde que nos dió usted parte... no he olvidado el dia 30 de Agosto!... han trascurrido ya dos meses largos. No cree usted que á los pobres chicos les parecerá que se dilata mucho el noviciado?...

ROSA. Tambien á mí me lo parece... Sin embargo, no es tiempo perdido el que emplean en conocerse á fondo... en tratarse... son muy jóvenes todavía...

NICAN. Pero si la cosa ha de hacerse de todos modos...

ROSA. Oh! sí!... lo que es eso, sí!... Además, la principal causa de la detencion está en la ausencia de Fabian... que debe ser el padrino.

NICAN. Y hay noticias suyas?... No escribe cuándo piensa venir?

ROSA. No dice nada. A mí no me ha escrito. Ya recuerda usted que se marchó de los baños de repente y muy enfadado conmigo. Supe que estaba en Barcelona: le he dirigido varias cartas...

NICAN. Instándole á que venga?...

ROSA. Sin decirle el objeto.

NICAN. Pero perdone usted... convendria indicárselo: ese seria el medio de obligarle á venir.

ROSA. Ya vendrá... ya vendrá...

NICAN. No estrañe usted, amabilísima amiga, el interés que manifiesto por la realizacion de ese proyectado enlace: interés que me atreveré á esplicar á usted...

ROSA. Me parece que siento venir á Eugenita... Y convendria que delante de ella no tocara usted esa cuestion... Ya comprende usted el motivo... Está resignada á esperar la llegada de su padrino... y naturalmente su tardanza la impacienta... Es preciso, pues, distraerla de esa idea... hacerle llevadera esa dilacion... que en verdad, nadie siente tanto como yo... pero, qué se ha de hacer!...

NICAN. Comprendo!... (*Ap.*) Es decir, no comprendo!...

ESCENA III.

Dichos.—EUGENIA.

ROSA. Entra, Eugenita, entra: es visita de confianza.

NICAN. Calificacion que me envanece en los lábios que la pronuncian, y que deseo igualmente merecer á usted, señorita.

EUGEN. Siéndolo para mamá, lo es usted para mí.

NICAN. Gracias!—Admitido por ustedes bajo tan dulces auspicios, yo me atreveria...

ROSA. El señor estuvo ayer en las carreras de caballos,

y ahora siento doblemente que no pudiéramos ir.

EUGEN. Qué! estuvieron concurridas?...

NICAN. Mucho!

ROSA. Allí vió á nuestros amigos...

EUGEN. Los de Valencia, eh?

ROSA. Y á Cárlos... No ha dicho usted que estaba Cárlos?

NICAN. Sí señora.

ROSA. Por aquí no vino en todo el dia. Asi es que Eugenita estuvo de tan mal humor!...

EUGEN. Yo?... No mamá.,

ROSA. Cosa muy natural. Un hombre que se halla en su caso, no debia faltar de aquí. Y no que él... á tertulias, al teatro, á las carreras... Usted ha dicho que estaba en las carreras?

NICAN. Si señora. Pues yo venia...

ROSA. Ya lo oyes, Eugenita: en las carreras!

EUGEN. Quién hubiera estado! A mí me gustan mucho.

ROSA. Pero crees que un hombre en vísperas de casar se contigo, debe pasar sin verte un dia entero, por irse allá á divertir?...

EUGEN. Es verdad!... tienes razon!... verás qué sermon le echo cuando venga!

ROSA. Y anoche no le vió usted?

NICAN. Anoche?... Sí señora: en casa de la condesa.

EUGEN. Estuvo en casa de la condesa?

ROSA. (*A Eugenia.*) Vamos, no te alteres: estaria un momento...

EUGEN. (*Con naturalidad.*) Sí, mamá; por supuesto!— Y qué hicieron? se bailó?

NICAN. Mucho! Se *hizo* tambien un poco de música... y en esa parte ya comprenderá usted que fuí yo el héroe de la reunion. Cantamos el cuarteto de Puritani: *A te, oh cará!*... Salió bastante bien!

ROSA. Cárlos se iria al ecarté?...

NICAN. No señora: estuvo bailando toda la noche.

EUGEN. Me alegro: le he prohibido que juegue.

ROSA. (*Cavilosa.*) Cosa estraña!... él que casi nunca baila!

NICAN. Se hizo mucho de rogar.—Pero la condesa le dijo que habia escasez de parejas... y la baronesita empezó á tacharle de poco amable... no

sé qué le dijo luego al oido...

ROSA. (*Con prontitud.*) Y salió á bailar con ella?

NICAN. Polkas, walses, rigodones, lanceros...

ROSA. Y siempre con la baronesa?...

NICAN. Toda la noche.

ROSA. Vamos! tuvo buen gusto!...

EUGEN. Oh! es una mujer muy guapa la baronesa!

ROSA. Sí, muy guapa!... pero tan orgullosa... tan escéntrica... y ahora que no nos oye, tan coqueta... (*Ap.*) Es capaz de alucinarlo, y quitárselo á mi pobre Eugenia!... Oh! seria una infamia!—Y á qué hora se marchó del baile?

NICAN. El baile duró hasta cosa de la una. Yo me quedé, segun costumbre, entre los de última hora, en *petit comité*, hasta las dos menos cuarto, que me marché al Casino.

EUGEN. Pero no es eso lo que mamá le preguntaba á usted.

NICAN. (*Levantándose.*) Ah! es verdad!... A ver si recuerdo... Deje usted!... Jorge y Plácido se marcharon á las... á las once al teatro Real. La baronesa se fué... á las doce menos cuarto... y Cárlos á las doce!...

EUGEN. Vamos: no es un esceso... á las doce!...

ROSA. Ya!... Se conoce que desde las doce menos cuarto el baile no tenia atractivo á sus ojos.

NICAN. (*Ap.*) Hola! hola!... Esto me huele á que Carlitos está aquí en baja!

ROSA. Con que, Nicanor, me dijo usted antes que venia á hablarme de no sé qué?

NICAN. Yo?... (*Ap.*) Si la hija queda vacante, la cuestion puede cambiar de aspecto.—No señora.... nada de particular... Saber de ustedes... ver si me habia dejado aquí el baston...

EUGEN. Le tiene usted en la mano!

NICAN. Este es otro... tengo veintidos!

EUGEN. Tantos como chalechos?...

NICAN. Oh! chalecos... tengo más!.. veinticuatro.. dos docenas!... Me le habré dejado en el Casino.... ó en la Iberia... Señoras! No importuno más á ustedes... Tendré el gusto de volver á una hora menos inconveniente... Repito!... (*Ap.*) Oh! la hija es más bonita!... Cárlos está frio... hay que

cambiar de frente. *(Desde la puerta.)* Señoras!...

ESCENA IV.

ROSA.—EUGENIA.

(Eugenia toma su labor y se sienta muy tranquila junto al sofá.—Rosa la contempla.—Eugenia se pone á tararear.)

ROSA. En fin, Eugenita, no creo que hay razon para que te alarmes, ni te aflijas, ni...

EUGEN. Yo, mamá?

ROSA. Sus faltas, mirándolo bien, no son tan grandes, tan grandes...

EUGEN. Sus faltas!... Con que crees tú que ha cometido faltas?

ROSA. Lo que es el ir á las carreras no yendo nosotras... eso no tiene disculpa!

EUGEN. Es verdad, eso ha sido muy mal hecho!... Pero tú no quisiste que fuéramos...

ROSA. Ya sabes que estamos sin carruaje... Y si tenia precision de ir, por alguna causa... que no la concibo... debió avisarnos.

EUGEN. Es verdad!

ROSA. Y luego por la noche se va al baile.

EUGEN. Quizá pensaria que nos iba á ver allí... Como siempre vamos...

ROSA. Pero sabe que vamos temprano... y cuando llegó cierta hora, debió de conocer... Y luego, no se baila toda la noche con la misma persona... no se va uno al cuarto de hora de haberse marchado ella... sin importársele un bledo que llegues á estar celosa...

EUGEN. Yo celosa, mamá?

ROSA. Sí, sí! Tú eres celosa!... Y ahora con justo motivo... es cosa muy natural!

EUGEN. *(Con calma.)* Sí!... es cosa muy natural.

ROSA. Y luego, antes de retirarse á su casa, pudo llegarse aquí á saber si nos habiamos muerto!... Vamos á ver, tengo razon ó no?—Pero habla,

hija!... anímate un poco!... Válgame Dios!... Como si no fueras tú la más interesada en el asunto!

EUGEN. (*Animándose.*) Si, mamá!... tienes razon!..... Vaya!... Ahora caigo en todo... y es verdad... Estoy furiosa con él!... Y mira tú!... si no me haces caer en ello, yo tan simplona que no daba importancia...

ROSA. Se trata nada menos que de la suerte de toda tu vida... y es claro!... la menor cosa me alarma... me inquieta... por tí!... Vamos!... cuando veo que Cárlos se acerca nada más á otra muger... de buena gana iria allá y me pondria enmedio!... Cualquier cumplido, cualquier galantería que dirige á otra, se me figura que es un robo que te hace á tí!

EUGEN. Mamá mia!... Cuánto me quieres!

UN CRIA. (*Anunciando.*) El señorito don Cárlos.

ROSA. Ya pareció!

ESCENA V.

Dichas.—CÁRLOS.

CÁRLOS. (*Saludando.*) Señora!... Querida Eugenita!... (*Rosa contesta con frialdad.*)

EUGEN. Gracias á Dios!... que le vemos á usted!...

CÁRLOS. Se pasó el dia de ayer sin que tuviera ese gusto, y por eso vengo hoy antes de la hora de costumbre...

ROSA. Más vale tarde que nunca.

CÁRLOS. Mande usted?

ROSA. Nada.

CÁRLOS. La veo á usted muy seria conmigo!... Ha ocurrido algo?... Ruego á usted que me diga...

ROSA. Yo... nada, nada!.. Lo que es por mí!... Habla, Eugenita! (*Se va al foro.*)

EUGEN. (*Estallando.*) Sí señor, yo hablaré!... hablaré... para decirle á usted que su conducta es indigna... que no hay ejemplo en el mundo de un comportamiento semejante!

CÁRLOS. Dios mio!... pues qué he hecho yo?

EUGEN. Y se hace de nuevas!... Cómo se entiende!... irse sin nosotras al baile, y á las carreras de caballos! Es una cosa horrible!... espantosa!.... Es una...

CÁRLOS. Por Dios, Eugenia! por Dios!—Fuí á las carreras... no por divertirme... sino porque tengo empezado un cuadro, y necesitaba tomar apuntes sobre el terreno... Allí me estuve dibujando... y no ví á nadie. Aquí tiene usted la historia.

EUGEN. *(Enteramente tranquila.)* Ya!... Esa es una razon: no es verdad, mamá?

ROSA. *(Sentada.)* Si: es una razon. Pero se avisa.

EUGEN. Se avisa!

CÁRLOS. Como las carreras son á una hora en que no acostumbro á venir á esta casa, no creí que Eugenia se incomodara por un paso tan inocente!...

EUGEN. Tambien es una razon: verdad, mamá?

ROSA. Y el baile?

EUGEN. Ah! es verdad.—Y el baile. caballerito? Ya sabe usted que nosotras vamos temprano. Cuando vió usted que llegaba cierta hora y que no pareciamos, ¿por qué no se marchó usted y vino aquí á saber si nos habiamos muerto?—No señor, en vez de hacer eso, usted, que no baila casi nunca, se estuvo bailando toda la noche.... polkas, walses, rigodones, lanceros... y siempre con la baronesa... sin importársele un bledo que yo llegue á ponerme celosa! Qué responde usted á esto? vamos á ver?

CÁRLOS. Respondo muy sencillamente. Fuí al baile porque creí verlas á ustedes allí. La concurrencia anoche era escasa, y temí que el marcharme enseguida pareciese chocante y diese pretesto á criticas. La condesa me aseguraba que, aunque tarde, irian ustedes, y me obligó á bailar. Preferí á la baronesa, porque empezó á hablarme de usted, á hacerme repetidos elogios de sus prendas, y con eso me sentia yo dulcemente consolado de la ausencia de usted,

EUGEN. Me convence y me halaga!... Verdad, mamá?

ROSA. Sí: el señor ha satisfecho á todas tus quejas.... menos á una.

EUGEN. A una!... Cuál?... Ah! sí: por qué no vino usted á saber... (*Viendo que Cárlos toca la campanilla.*) Qué es lo que hace usted?

CÁRLOS. (*A un criado que se presenta.*) Juan: á qué hora vine yo anoche á preguntar por las señoras?

JUAN. Serian cerca de las doce. Las señoras estaban ya recogidas. (*Se vá á una seña de Cárlos.*)

CÁRLOS. Vamos á ver; me cree usted todavía tan criminal? Ha sido justo recibirme de esa manera?

EUGEN. Estaba ofuscada, Cárlos... Perdóneme usted!

CÁRLOS. (*Con tristeza.*) La perdono á usted, Eugenia... y de todo corazon! Pero no puedo menos de hacer á usted notar que estas escenas de suspicacia y de pesquisa tienen lugar con demasiada frecuencia de algun tiempo á esta parte. Créame usted, querida Eugenia; que sea nuestra confianza igual á nuestro amor. Ahuyentemos de nuestro cielo esas nubecillas que vienen á oscurecerlo: de las nubecillas se forman las tormentas; y vale más evitarlas que tenerlas luego que combatir.—No se enfada usted por esto que le digo?

EUGEN. No, Cárlos: al contrario, se lo agradezco á usted, y le prometo que no lo olvidaré. (*Dándole la mano.*)

CÁRLOS. Oh! Eugenia mia!... Me separo de usted lleno de gozo y de felicidad!

EUGEN. Pues dónde va usted?

CÁRLOS. A casa de la baronesa á llevarla un dibujo que me pidió anoche. (*Gesto de Rosa.*)

EUGEN. Pues vaya usted corriendo, y no tarde en volver.

ROSA. (*Levantándose.*) Cárlos!... dígame usted...

CÁRLOS. Señora?

ROSA. Sabe usted en qué ha quedado el casamiento de Jorge con la hija del general?

CÁRLOS. Señora, creo que es cosa deshecha.

ROSA. Eso me han dicho... y que la baronesa ha sido quien ha tenido la culpa... por sus coqueterías con Jorge.

EUGEN. Con que esa señora descompone casamientos?...

Ay! hágame usted el favor de no estar allí mucho tiempo.

ROSA. (*A media voz y como para sí.*) Lo mejor seria no ir. (*Sale hácia el foro.*)

EUGEN. (*Repitiendo como un eco.*) Lo mejor seria no ir?...—Le prohibo á usted que vaya, Cárlos!

CÁRLOS. Eugenia!

EUGEN. Se lo prohibo á usted.

CÁRLOS. Capricho muy estraño... y muy duramente formulado!

EUGEN. Será capricho! pero no va usted!

CÁRLOS. Pero reflexione usted que se lo he ofrecido... que no hay en esto misterio... y que no tengo motivo ni pretesto para disculpar mi falta.

EUGEN. Ya lo buscará usted.

CÁRLOS. Y si no lo encuentro?

EUGEN. Si no lo encuentra usted... no lo dá.

CÁRLOS. Eugenia: yo estoy dispuesto á ceder ante la justicia y la razon; á sacrificar mi gusto y mi voluntad á una súplica de usted; pero ante una órden dada con esa violencia, seré siempre inflexible. He dado á la baronesa una palabra tan sencilla como inocente... y voy á cumplirla en nombre de la cortesía y de la razon. (*Saluda y se va.*)

ESCENA VI.

EUGENIA.—ROSA.

EUGEN. Pues se va!

ROSA. (*Bajando muy agitada.*) Cárlos quiere á esa mujer!

EUGEN. Oh! no, mamá... es imposible!

ROSA. Te digo que la quiere!... A no ser así, ¿por qué habia de manifestar tanta sumision á su voluntad, y tanto desprecio á la tuya?

EUGEN. (*Conmovida.*) No sé!... no sé!... pero, mamá, yo no puedo creer que él me engañe!... Oh! me moriria de pena!... me moriria!... créeme!...

ROSA. No, no!... Eugenita!... hija mia!... Vaya!... cál-

mate!... No, no... no la quiere... Oh! es imposible!

EUGEN. (*Calmándose.*) Verdad que es imposible?

ROSA. (*Sin oirla.*) Con todo... esa mujer es tan hermosa... tan seductora... tan coqueta!... tiene una intencion?... Vamos, tú no puedes permanecer con esa duda, con ese tormento, no es verdad?

EUGEN. (*Con calma.*) Seguramente.

ROSA. A pique de enfermar... de volverte loca!...

EUGEN. (*Sencillamente.*) Si, mamá.

ROSA. Pues bien: aguarda.—Dentro de una hora has de saber todo lo que hay en el particular.

EUGEN. Y cómo?

ROSA. Voy á casa de la baronesa... yo sabré sonsacarla con maña...

EUGEN. Pero es que ella no te descubrirá...

ROSA. Oh! qué importa!... no necesito yo que ella hable!... Qué disparate!... Yo sabré leer en sus ojos... en su semblante... un gesto, una mirada... una simple inflexion de su voz me bastará!... La miraré!... la observaré!... penetraré en lo íntimo de su alma... Oh! no se me escapará!

EUGEN. Pero no temes que ella conozca?...

ROSA. Ella?... Qué!... Es una mujer que no tiene pizca de talento ni de penetracion!... En diez minutos la tengo entregada!—Adios, hija mia: pronto vuelvo.—Mira, que no te atormentes!

EUGEN. No, mamá.—Qué buena eres, y cuánto me quieres!

ROSA. Si, sí, sí!... Adios.—Mira... que no te atormentes!

EUGEN. No, mamá.—(*Vase Rosa apresurada.*)

ESCENA VII.

EUGENIA.

Mi pobre mamá! Cómo se desvive por mí! Cómo se inquieta!... Y qué penetracion tiene! y qué mundo!... Vea usted... cómo ha descubierto ella una porcion de cosas en que yo no habia caido!..

Qué! en mi vida me hubiera á mí ocurrido sospechar... Ya, ya.—Quién puede figurarse que haya un hombre que la diga á una por la mañana que la quiere mucho, y que por la noche haga la córte á otra! Pues sí señor!... Pues eso es lo que está sucediendo!... (*Se aflige.*) Válgame Dios!... Soy muy desgraciada!... (*Se echa á llorar.*)

ESCENA VIII.

EUGENIA.—DON FABIAN.

FABIAN. Allí está!—Eugenita!...hija mia!... Ven á abrazar á tu padrino!

EUGEN. Adios, padrino!... Ya ha llegado usted?...

FABIAN. No lo ves?... Y es esa toda tu alegria al verme, despues de dos meses de ausencia? Cuando yo creia sorprenderos con mi venida inesperada...

EUGEN. Inesperada?... Pues si hace dos meses que le estamos á usted esperando!...

FABIAN. Dos meses!...

EUGEN. Pues no le ha escrito á usted mamá un millon de cartas?

FABIAN. A mí?... ninguna.

EUGEN. Pues si me ha dicho que el mismo dia que se marchó usted de Valencia le escribió una carta?

FABIAN. Yo no he recibido tal carta.

EUGEN. Y luego, todas las semanas decia que le escribia á usted que viniera en seguida, porque no queria que la boda se hiciera sin estar usted presente.

FABIAN. Y yo me marché justamente por no ser testigo de semejante boda.

EUGEN. No, testigo, no!... Padrino queria que fuese usted!

FABIAN. Yo padrino!...

EUGEN. Y por qué no?

FABIAN. Porque la tal boda me parecia una locura, una barbaridad!

EUGEN. (*Con tristeza.*) De veras?... Ay! padrino!... voy temiendo que tenia usted razon!

FABIAN. Con qué tono me lo dices!... A ver, á ver: se me figuró cuando entré que estabas llorando?...

EUGEN. Yo?... no, padrino!... al contrario!...

FABIAN. Niña, niña... Crees que en este viaje me he quedado ciego?... No te estoy viendo!... todavía tienes los ojos encarnados... Vamos á ver: qué ha pasado aquí? qué tienes?

EUGEN. Nada!... Es que Cárlos me ha dado un sentimiento.

FABIAN. A ti?

EUGEN. Y á mamá.

FABIAN. Qué tal!... Lo que yo decia: esta boda habia de introducir la discordia en la casa.

EUGEN. Y por qué se lo figuraba usted?

FABIAN. Por qué?... por todo! por todo!

EUGEN. Cómo por todo?

FABIAN. Dos organizaciones entre las cuales hay un abismo!

EUGEN. Un abismo?

FABIAN. Distintas condiciones!... distintos gustos!... Y luego, dos caractéres exaltados, volcánicos... que se asemejan mucho, y por eso no se pueden combinar.

EUGEN. Pues yo no he reparado...

FABIAN. En fin, te lo digo y te lo repito: ha sido una boda desacertadísima!

EUGEN. No!... si aun no está hecha!

FABIAN. Eh?... Qué dices?... Que no está hecha?

EUGEN. No señor: si se le esperaba á usted para hacerla.

FABIAN. No está hecha... y ya hay jaranas... y peloteras... y llantos!... Dame un abrazo, Eugenita, dame un abrazo por la noticia!

EUGEN. Pero padrino...

FABIAN. Tranquilizate!... enjuga esas lágrimas!... No se hará la boda!... no se hará!

EUGEN. Pero padrino...

FABIAN. Oh! ahora tengo en mi auxilio la evidencia de lo que está pasando... las riñas de tu madre con él... esas lágrimas... ese torrente de lágrimas que te he visto ya derramar! Qué podrá tu madre responderme á esto?... Oh! yo la haré entrar en razon. Y lo que es á Cárlos... le buscaré otra muger.

EUGEN. Otra muger!... No!... eso no!...
FABIAN. Otra muger... más jóven y más bonita!
EUGEN. Qué está usted diciendo?
FABIAN. De carácter más dulce, más amable!...
EUGEN. Cómo más amable?
FABIAN. (*En confianza.*) Cosa que, acá *inter nos*, no será muy difícil.
EUGEN. Pero usted sabe...
FABIAN. En fin, una muger de tu edad... una muger como tú!
EUGEN. Calla!... yo no le entiendo á usted!
FABIAN. (*Sin oir.*) Eso, eso es lo que le convenia.... Contigo es con quien debería casarse!... Y se casará!... qué diablo!... yo haré que se case contigo!
EUGEN. Quién?
FABIAN. Cárlos!... quién ha de ser?... Edad, gustos, caracteres... todo está en armonía... Lo dicho: se casará contigo.
EUGEN. Pues no estaba usted antes diciendo que no me convenia?
FABIAN. Que no te convenia?... á tí?... Yo he dicho eso?... Qué disparate!...
EUGEN. Pues entonces, á quién decia usted que no le convenia?
FABIAN. Toma!... á ella!... á tu madre!
EUGEN. (*Confusa.*) A mi madre?...
FABIAN. A tu madre, si señor: á la cual conviene un marido de más peso... de más reflexion... más maduro!... A tu madre, á la cual la predije yo todo lo que le está sucediendo, el mismo dia que me confesó su amor al señorito Cárlos.
EUGEN. (*Con ansiedad.*) Su amor!.. su amor!.. el amor... de mi madre á... á Cárlos?...
FABIAN. (*Sentándose en el sofá.*) Por supuesto!
EUGEN. Pero está usted seguro de ello?... mi madre le dijo á usted que sentia amor... amor á Cárlos?
FABIAN. Pues ya!... Y por eso escapé de allí!... figúrate yo que estoy loco por ella hace diez y ocho años!
EUGEN. (*Ap.*) Dios mio! Dios mio!...
FABIAN. Y no fué á mí solo á quien confió el secreto. Allí citó á aquellos badulaques que estaban en el Cabañal, con el objeto de darles parte de su

casamiento... despues que tuvo una conversacion contigo en que parece que te consultó... Pero qué tienes?

EUGEN. Nada, padrino... Y dígame usted... el enamorarse de Cárlos... tuvo principio allí en los baños... no es verdad?

FABIAN. Allí!... se dejó fascinar... se le exaltó la imaginacion con las atenciones contínuas, con las galanterías empalagosas del señorito, que no la dejaba un momento... que se desvivia por complacerla...

EUGEN. Y todo eso lo tomaba mi madre por pruebas de amor?

FABIAN. Es claro!

EUGEN. Y así que descubrió que yo era quien habia hecho ir á Cárlos al Cabañal...

FABIAN. *(Levantándose y yendo hácia ella.)* Tú?...

EUGEN. Que por encargo mio la prodigaba todas esas atenciones, á fin de ganar su afecto...

FABIAN. Por encargo!... para ganar!...

EUGEN. En fin, así que descubrió que nos queriamos hacia mucho tiempo...

FABIAN. Que os... Cómo!... tú le?...

EUGEN. Entonces en vez de dar parte de su casamiento, dió parte del mio!

FABIAN. Del tuyo?... De tu casamiento?... Fué de tu casamiento de lo que dió parte?... Es decir que se sacrificó por tí?...

EUGEN. Usted lo ha dicho. Sí! se sacrificó por mí!

FABIAN. Pero entonces... vamos á ver... yo me embrollo.—Siendo tú la que él quiere, no existe esa diferencia de edad, ni de gustos ni de inclinaciones... Pues de qué nacen esas riñas, esas peloteras... Qué quiere decir esto?

EUGEN. Que Cárlos se ha hecho aturdido, coqueton.... que hace la córte á otras mugeres...

FABIAN. Él?... Qué!...

EUGEN. Yo no habia caido en ello; pero mamá me lo ha hecho notar.

FABIAN. *(Admirado.)* Ah!... es tu madre la que...

EUGEN. Si señor: de resultas de lo cual, ha de saber usted que estoy celosa!

FABIAN. Tú?

EUGEN. Vaya!... furiosamente celosa!... Tambien ha sido mamá la que me lo ha hecho notar.
FABIAN. Tu madre?... tambien tu madre, eh?
EUGEN. Si, señor: ella me ha abierto los ojos.
FABIAN. Ya, ya!—Y dónde anda tu madre?
EUGEN. Ha ido á casa de la Baronesa... ya sabe usted quién digo!... á ver si averigua... porque ahora hemos caido en sospechas de que Cárlos está enamorado de ella!
FABIAN. Quita, quita!—Cárlos no quiere ni puede querer á nadie más que á ti!... Y esas riñas... y esos celos... *furiosos*, que me cuentas... tienen su intríngulis.—Milagro será...
EUGEN. Calle usted... aqui viene.

ESCENA IX.

Dichos.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Querida Eugenia, yo vengo á decirle á usted...
FABIAN. Amigo don Cárlos... saludo á usted!
CÁRLOS. Oh! señor don Fabian!... usted de vuelta?
FABIAN. Sí señor, aqui me tiene usted, que he regresado á Madrid, impaciente por comer los dulces de la boda... pero segun noticias, la cosa se aplaza indefinidamente...
CÁRLOS. Asi es la verdad! Y á usted que es mirado aquí como de la familia, no debo ocultarle lo que pasa. De algun tiempo á esta parte hay entre Eugenia y yo... cosa que antes no sucedia!... una especie de mal estar... de falta de inteligencia, que promueve desazones... que por desgracia van haciéndose cada vez más frecuentes. No es que haya disminuido nuestro amor... al contrario!... yo no dudo del suyo, como ella no puede dudar del mio.—Pues bien, esas desazones, esos disgustos, nacen de una causa que creo haber descubierto y vengo á decírsela á usted, Eugenia!
EUGEN. (*Turbada.*) Y... esa causa... es...
CÁRLOS. Su madre de usted.
EUGEN. (*Asustada.*) Dios mio!...

FABIAN. (*Ap.*) Lo que yo me figuré!

CÁRLOS. Si, Eugenia: su madre de usted, que me odia, que me detesta!

EUGEN. Que le odia á usted!...

FABIAN. Hombre! al contrario...

EUGEN. (*Ap. á D Fabian con viveza.*) Por Dios, silencio!

CÁRLOS. Si no fuera por ese ódio mortal que me ha jurado, á qué habia de estar siempre como está, escitándola á usted contra mí?—La cosa es tan evidente, que no hay medio de negarla. Cuando nos vemos solos los dos, no hay entre nosotros ni un sí ni un no: siempre estamos de acuerdo y en perfecta armonía. Llega su madre de usted y al momento empiezan las riñas. Todo lo que vé en mí lo interpreta á su modo,.. Si hablo, malo... si callo, peor!—Sospecha si tardo en venir... sospecha si vengo pronto... la accion más sencilla, más indiferente es motivo de duda y desconfianza...

EUGEN. (*Ap.*) Padrino, por Dios!... (*D. Fabian va á sentarse á la izquierda.*)

CÁRLOS. Hoy mismo, hace poco, aquí... habia yo logrado desvanecer con mi esplicacion franca y sencilla las quejas infundadas de usted.—Bastó una palabra para que quedáramos contentos.—Pues ella con otra palabra logró enredarlo y envenenarlo todo de nuevo!—Créame usted, Eugenia, su madre de usted me aborrece!

EUGEN. Cárlos... basta!—No me hable usted más de mi madre! (*Comprimiendo su emocion.*) Sean cuales fueren los sentimientos que abrigue hácia usted, yo no permito que se la acuse!.. Para mí ha sido siempre la madre más tierna y más cariñosa!... Si hay entre nosotros disgustos y desazones, no es á ella á quien debemos culpar, sino... (*Con esfuerzo.*) sino á nosotros mismos. Sí, Cárlos; nuestros corazones creian entenderse... y no se han entendido.—Así pues, créame usted... lo mejor es que no continuemos en una prueba inútil. Hartas penas nos ha costado ya!... Nuestro matrimonio seria un matrimonio infeliz!... (*Muy conmovida.*) Renunciemos, Cárlos, renunciemos á un proyecto que la

razon condena!... y que el amor... no puede ya justificar!...

FABIAN. *(Levantándose y acercándose.)* Cómo! qué dices!

CÁRLOS. Oh! no! eso es imposible!... Pero si yo la amo á usted... si usted me ama tambien á mí!...

EUGEN. *(Comprimiéndose.)* No, Carlos, no!... yo no le amo á usted ya!... yo no le amo á usted ya!..

FABIAN. Vamos, Eugenita...

EUGEN. *(Ap.)* Ya conoce usted que es necesario!... calle usted por Dios!

CÁRLOS. Con que, Eugenia, es verdad?... todo se ha acabado entre nosotros?

EUGEN. Todo!

CÁRLOS. No nos volveremos á ver?

EUGEN. Nunca!—Separándonos ahora... ahora, antes que esta situacion se agrave... yo conservaré de usted un recuerdo... agradable!.. usted... olvídeme!.. Cómo ha de ser!... no hemos nacido el uno para el otro!... Sea usted feliz con otra muger!... ya que yo... he conocido á tiempo... que no puedo... ni debo... *(Ap. á Fabian rompiendo á llorar.)* Ay! padrino mio! que estoy mintiendo!... por Dios, ayúdeme usted!...

CÁRLOS. Eugenia! usted llora!... usted me ama!... don Fabian, hable usted por mí!...

FABIAN. *(Llorando.)* Y qué quiere usted que hable!... hace mal!... y hace bien!... tiene razon... y no la tiene!...

EUGEN. Padrino!...

FABIAN. Eres un ángel, hija mia!... eres un ángel!... Lo que acabas de hacer es grande... es heróico... es sublime!... pero es una atrocidad!...

EUGEN. Es verdad!... yo me muero!... *(Sin poderse tener.)*

FABIAN. Vete,... vete á tu cuarto... que te den algo...

CÁRLOS. Eugenia!...

FABIAN. Váyase usted tambien... váyase usted!...

CÁRLOS. Y no la veré mas?...

FABIAN. Sí, me verá usted á mí... No es lo mismo... pero... en fin, váyase usted ahora...

CÁRLOS. Adios, Eugenia!...

EUGEN. Adios, Cárlos!...

CÁRLOS. Para siempre?...
EUGEN. Para siempre!...
FABIAN. (*Echando á cada uno por su lado.*) Sí, para siempre... para siempre...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON FABIAN.

(*Está asomado al balcon: se pasea impaciente; vuelve á asomarse. Un rato de pausa.*)

Esta señora no parece!... Si ha encontrado en casa á la baronesa, allí se estará un siglo charlando... á ver si la sonsaca... á ver si descubre... Ha perdido la cabeza!... Qué lástima!... Una mujer tan completa, tan adorable por todos conceptos!... á los treinta y cuatro años haberla tentado el diablo!... Pero este vértigo se le pasará... Oh! es preciso hacer que se le pase... Yo la he de salvar, ó pierdo el nombre que tengo... —Pues digo, si ella tiene vértigo... no es flojo el mio!... Hay razon para que haga diez y ocho años que esté yo llevando sofiones de esa mujer... y queriéndola cada dia más?... La he querido soltera... la he querido casada... la quiero viuda... y la quiero sin que me quiera, que es lo inverosímil!—Luego dicen!... Me marché desahuciado... la creia casada... Pues no he podido aguantar más que dos meses... y aquí volvia resuelto á llevar mi antigua vida de abnegacion y de tormento... pero viéndola... viéndola!...

que es ya una necesidad de mi vida... como el aire para respirar!...—Ay! si me oyeran mis clientes decir estas cosas!.. Con cuarenta años!.. abogado!...—Por qué no habia uno de envejecer por dentro al mismo tiempo que por fuera!—Somos una pura contradiccion en lo físico y en lo moral!—Lo que tarda esta señora! lo que tarda!...

ESCENA II.

FABIAN.—NICANOR.

(*Nicanor asoma hablando con el criado.*)

NICAN. Le daré un abrazo! le daré un abrazo!—*(Llega.)* Me dice Juan que está usted aqui, y entro á darle la bienvenida... Un abrazo, mi querido jurisconsulto!

FABIAN. Cómo va de chalecos?

NICAN. Así, así! No acaban de darme un éxito definitivo.

FABIAN. Lástima!

NICAN. Con que por fin ha llegado usted?...

FABIAN. Me parece!

NICAN. Pero qué rencoroso!... ni venir, á pesar de tantos ruegos...

FABIAN. Qué?...

NICAN. Ni contestar siquiera á una carta!...

FABIAN. Cartas... de quién?

NICAN. De doña Rosa.

FABIAN. Ah!... tambien á usted le ha dicho?...

NICAN. Como que por causa de su ausencia de usted se ha retardado la boda...

FABIAN. Por mi ausencia, si!

NICAN. Ya vió usted como yo tenia razon allá en el Cabañal... Usted veia visiones!... La viudita no queria á Cárlos: está vacante.

FABIAN. Hola!

NICAN. La boda era con la niña: ya lo sabe usted!

FABIAN. Ya!

NICAN. Pero, amigo mio, hay novedades!

FABIAN. Sí?

NICAN. Ocupada la hija, cambié de chaleco, y vine esta mañana flechado á hacerle mi declaracion á la madre.

FABIAN. Brabo!

NICAN. Pero quiso la suerte que antes de deslizarla descubriese que la tal boda estaba deshecha ó á punto de deshacerse.

FABIAN. Hombre! no sabe usted lo que se dice!

NICAN. Repito...

FABIAN. Repito que está usted en babia... los chicos se casan... y se casan mañana mismo!

NICAN. Mañana?... Vuelvo á mis perplejidades!... Yo, que con ese descubrimiento iba á cambiar de chaleco, y á endilgar mi declaracion á la niña...

FABIAN. Pues nada, conserve usted el chaleco de las madres... y haga usted una cosa que le voy á decir. Doña Rosa está en este momento en casa de la baronesa: vaya usted allá... con su chaleco... anúnciele usted mi llegada, y tráigasela aqui. Mire usted qué coyuntura, eh?... Por el camino...

NICAN. Soberbio!... Entiendo, entiendo...

FABIAN. No se venga usted sin ella.

NICAN. (*Yéndose.*) Si!... la madre es más... magestuosa!

ESCENA III.

DON FABIAN.

Los tontos no son enteramente inútiles. Este interrumpirá la conversacion, se coserá á sus faldas y ella tendrá que venirse.

ESCENA IV.

DON FABIAN.—EUGENIA.

EUGEN. No estaba usted solo, padrino: quién habia aquí?

FABIAN. Nadie: ese mentecato...

EUGEN. Quién?

FABIAN. El de los chalecos.
EUGEN. Dígame usted la verdad!... no era mamá?
FABIAN. No, hija: por qué te lo habia de negar?
EUGEN. Qué sé yo!... Quizá hubiera descubierto... Bien que eso á mi... nada me importa ya!
FABIAN. Que nada te importa?... Cómo es eso?... Así le miente usted á su padrino?...
EUGEN. Yo!...
FABIAN. Buena la has hecho!... Afligir al pobre muchacho!... y afligirte tú misma!
EUGEN. No lo crea usted!... Lo que es yo... (*Conteniendo las lágrimas.*)
FABIAN. Vamos, ven acá. Llora... llora un poco, que te están rebentando las lágrimas.
EUGEN. (*Con voz ahogada.*) Qué disparate!...
FABIAN. Vaya!.. me haces el favor de llorar?... (*Eugenia se echa en sus brazos y rompe á llorar.*) Eso es!... así!—(*Pausa.*) No te des prisa: cuando te hayas desahogado bien, avisa.
EUGEN. (*Serenándose.*) Ya no más, padrino!
FABIAN. Has acabado?
EUGEN. Sí señor!
FABIAN. Bien: ahora hablemos un poco. Quieres decirme, ya que estamos solos, por qué le has echado al pobre chico esa granizada de embustes?
EUGEN. Por qué?... porque al sacrificarse por mí, me trazó mi madre la senda que debo seguir.
FABIAN. Palabrotas!... frases novelescas!... Sacrificarse!... Tu madre no se ha *sacrificado*, ni lo sueña!... Tu madre no ha sentido nunca por Cárlos lo que se llama amor... lo que se llama una pasion verdadera... que es lo único por que uno se sacrifica! Lo vió allá en los baños... le cayó en gracia... le gustó más que otro .. que yo conozco!... Se encalabrinó... y se dejó ir así... sin saber cómo!... Fué una especie de mareo, de fascinacion... que la hubiera llevado quizá hasta casarse con él, sin darse cuenta de lo que hacia. Bien le hubiera pesado despues!...—Pero de eso al amor... á la pasion profunda que impone la abnegacion y todo género de sacrificios... hay muchas leguas, hija mia, muchas leguas!
EUGEN. No importa: á mí me basta que sea...!

FABIAN. Dale!... No parece sino que te propones tú casar á tu madre!... Vas á dotarla tambien?

EUGEN. (*Esforzándose á sonreir.*) Por qué no?... Una hija casando á su madre... seria un cuadro interesante!

FABIAN. Si... en una comedia de costumbres... pero ahora no estamos en el teatro donde pasan esas inverosimilitudes... sino aquí, calle del Prado, número 4, y lo que yo te digo es...

EUGEN. Oye usted?... Creo que es mamá!... Por Dios, padrino!... que no le diga usted...

FABIAN. No tengas cuidado... yo sé lo que...

ESCENA V.

Dichos.—ROSA.—NICANOR.

NICAN. Ahí le tiene usted!

ROSA. Fabian!... (*Le dá la mano.*)

FABIAN. Su amigo de usted Fabian!

ROSA. Gracias á Dios!... tanto tiempo ausente... apesar de...

FABIAN. De qué?...

ROSA. De los deseos que teniamos....

FABIAN. Usted me lisonjea!... pero si hubiera sido así... me parece que con haber...

ROSA. Solo falta que ahora ponga usted en duda....

FABIAN. No tal; pero repito que bien podia usted haber...

ROSA. Voy á quitarme la mantilla... Luego seguiremos riñendo... Bien que no!... Ya está usted aquí... y todo se lo perdono. (*Se vá al foro á quitarse mantilla y guantes. Eugenia la ayuda.*)

NICAN. (*Trayendo aparte á don Fabian.*) Oiga usted.—Hay novedades.—La baronesa no estaba en su casa.—Ya me volvia, cuando veo á poca distancia de la puerta un coche de plaza parado; miro... y hallo dentro á doña Rosa, que estaba allí sin duda esperando... Dí el recado, y me vine con ella... Esto me choca!...

FABIAN. No! por qué?...

NICAN. Si no estara vacante?...

FABIAN. Podria ser!

NICAN. Cáspita! y yo que en el coche le he insinuado... Estemos en guardia!...

ROSA. (*Bajando.*) Amigo mio, llega usted muy á tiempo... aquí tenemos gran necesidad de su esperiencia de usted... de sus consejos...

FABIAN. Respecto á la boda de Cárlos y Eugenia?...

ROSA. Oh! en cuanto á esa boda...

NICAN. Oh! en cuanto á esa boda...

FABIAN. (*Remedándolos.*) Oh! en cuanto á esa boda!.... Y bien, qué?...

ROSA. Temo, querido Fabian, que mi Eugenia no llegue á ser feliz casándose con él.

FABIAN. Con Cárlos?... (*Observándola.*) Pues allá en el Cabañal, este verano, no le parecia á usted tan amable... tan juicioso?...

ROSA. Si, es verdad!... Pero ha de saber usted que aquí es otra cosa!... Le hallo tan distraido.... tan poco complaciente... tan dado á galantear á todas las mugeres...

EUGEN. Mamá!

ROSA. Los celos son un tormento muy cruel!... Y Eugenita es muy celosa.

FABIAN. De veras?

ROSA. No es verdad, Eugenita?... Tú celosa: y él que hace todo lo que puede porque lo estés!...

EUGEN. Bien, mamá, bién!... No hablemos de Cárlos!... No me hables de él nunca más!...

ROSA. (*Admirada.*) Nunca más!

EUGEN. Te lo suplico!... Mira: lo he reflexionado despacio... he conocido que este casamiento tenia inconvenientes... y hace una hora que todo ha quedado deshecho.

ROSA. (*Con una esclamacion.*) Deshecho!... (*Conteniéndose.*) Pero qué dices... lo has meditado bien?...

EUGEN. Sí, mamá: yo debo... y quiero renunciar á él: se lo he dicho, y lo cumpliré... sin esfuerzo... sin pena...

ROSA. Sin pena?...

FABIAN. Por supuesto!... y hasta con gozo!... mire usted... mire usted cómo llora... de alegría!

EUGEN. Yo?... está usted equivocado!... yo no lloro!.... no hay tal cosa!—Y la prueba es que... que es-

toy dispuesta á casarme con otro.

ROSA. Con otro? Con quién?...

EUGEN. Con cualquiera!... Pues qué, faltará algun jóven...

NICAN. Ya se ve que no!...

EUGEN. Que sea amable...

NICAN. Ya se ve que no!...

EUGEN. Alguno habrá por ahí que pida mi mano... Y en último caso... aquí está Nicanor...

NICAN. Oh!... esa dulce preferencia!...

ROSA. Con Nicanor!... Pero hija!...

FABIAN. Pero Eugenia!...

NICAN. (*A Fabian.*) Eh! nada de coaccion!...

ROSA. Pero si precisamente ahora poco al acompañarme aquí, me ha venido hablando Nicanor de la pasion ardiente que sentia por...

NICAN. Chit!.. permítame usted... permítame usted!... Es que todavía... la verdad es que no he acertado yo á leer bien de corrido en mi corazon... Concédanme ustedes un plazo... una hora no más, para consultar á este órgano rebelde.

FABIAN. Tambien yo le pido á usted, Rosa, que me dé un cuarto de hora de audiencia.

ROSA. ¿A mí?

FABIAN. Y á solas, si usted lo permite. Despacharé muy pronto.—Anda, hija mia, déjanos un momento. (*Rosa y Eugenia se dirigen al foro.*) Y usted, carísimo Nicanor...

NICAN. Servidor!...

FABIAN. De paso que se va usted á su casa...

NICAN. Es que yo no me iba ahora á mi casa!...

FABIAN. Pues debe usted ir!... No vé usted que, segun lo que el órgano le aconseje, tendrá usted que elegir el chaleco correspondiente?

NICAN. Es verdad!

FABIAN. Pues suba usted de paso á casa de Cárlos...

NICAN. De Cárlos?

FABIAN. Sí: y dígale usted de mi parte que venga aquí dentro de un cuarto de hora.

NICAN. Corriente! y yo tambien!...—Los dos para las dos!

FABIAN. (*Riendo.*)Eso es!...

NICAN. Señoras!...

EUGEN. (*Aparte á Fabian.*) Qué la va usted á decir?
FABIAN. Ya lo sabrás... vete, vete!... (*La acompaña á la puerta de su cuarto. Nicanor se va por el foro.*)

ESCENA VI.

DON FABIAN.—ROSA.

FABIAN. (*Ap.*) Ahora nos toca á nosotros!
ROSA. (*Ap.*) Qué me querrá decir.—Con que una audiencia?... Ya la tiene usted concedida!
FABIAN. Muy bien. Ahora hágame usted el favor de sentarse aquí.
ROSA. Ya estoy sentada y escuchando. (*Se sienta en el sofá.*)
FABIAN. Muy bien! (*Se sienta en una silla á su lado.*) Pues señor; hace cosa de dos meses, allá en el Cabañal, un hombre de juicio... de razon... un hombre que le convenia á usted por todos conceptos... lo que se llama un hombre... (que la modestia no me permite nombrar) le ofreció á usted su corazon y su mano por la segunda vez de su vida.—Usted le rechazó porque á la sazon un jóven pintor andaba alrededor de usted con mil obsequios y atenciones, haciéndole á usted la córte muy románticamente... por otra, por su hija de usted.
ROSA. Todos allí cayeron en el mismo error en que yo caí... usted el primero!
FABIAN. Es cierto; y no la hago á usted cargo alguno por ello.—Continúo.—Descubrió usted al cabo el *qui pro quo*, y como buena madre (que lo es usted sin duda), consintió usted heróicamente en que los chicos se casaran, diciendo para sí: me sacrifico por mi hija: soy buena madre!
ROSA. Y me parece...
FABIAN. Hasta aquí todo va bien.—Pero vamos á ver: y despues, ¿qué ha hecho usted?
ROSA. Despues... he abierto mi casa á Cárlos, y le he permitido que venga diariamente á ver á Eugenita... mientras usted volvia.

FABIAN. Y por qué esperar á que yo volviese?

ROSA. Como padrino de Eugenia, como el mejor y más antiguo amigo de la familia, me pareció conveniente... y hasta indispensable...

FABIAN. No señora!... Lo que hubo fué que usted se agarró á ese pretesto con toda su alma para retardar la boda: ni más ni menos!

ROSA. Yo?... Y por qué?

FABIAN. Por qué?... Quiere usted que se lo diga?... Porque usted ama todavía á Cárlos.

ROSA. (*Levantándose.*) Yo á Cárlos?... Vamos!... Usted se ha vuelto loco!

FABIAN. No me he vuelto loco, no señora!... y ahora se ha alegrado usted allá en su interior de que la boda se haya deshecho... porque le sigue usted amando!

ROSA. Yo amarle?... Yo?... al novio de mi hija!... Pero Fabian, usted está loco ó ciego?—Y además, con esas palabras me insulta usted... me ultraja!... (*Pasando á otro lado y alejándose de él.*)

FABIAN. (*Levantándose.*) Rosa!...

ROSA. Lo que usted acaba de decirme es horrible, es repugnante... no tiene nombre!... Y si para esto ha venido usted á Madrid, y á mi casa... podia usted haberse quedado allá donde estaba.

FABIAN. (*Despues de una pausa, va á tomar el sombrero.*) Ya que me echa usted de su casa... á mi!... á su mejor amigo, por el delito de haber querido salvarla... de haber querido evitar que su hija de usted sea desgraciada hoy... y usted mañana... Está bien: me voy. Adios señora!

ROSA. No, Fabian, no!... Yo no le he echado á usted... ni he pensado en tal cosa!... Pero convenga usted en que es tremendo, inaudito, venir á decirle á una madre...

FABIAN. Cierto.—He hecho mal.

ROSA. Ah! lo reconoce usted?

FABIAN. Si: lo reconozco.

ROSA. Me basta!

FABIAN. Pelillos á la mar, y no hablemos más de ello.—Además que... bien mirado, no sé á qué diablos viene ya esta disputa: el casamiento se ha deshecho, es verdad... pero ha sido á gusto de to-

dos. A usted... francamente, no le pesa: á Eugenia tampoco le da gran pena: en cuanto á Cárlos... no hay que temer que se muera de la pesadumbre... no dirá esta boca es mia.

ROSA. Así lo espero.

FABIAN. Y para que no haya hablillas ni escándalo, ha escogido el mejor espediente, que es poner tierra por medio...

ROSA. Qué?...

FABIAN. Hoy mismo creo que se marcha... si no se ha marchado ya.

ROSA. (*Estremeciéndose.*) Que se marcha?...

FABIAN. Y para siempre... segun dice.

ROSA. Cómo!... para siempre?... Qué dice usted?... No le volveremos á ver nunca?... nunca?...

FABIAN. Parece que se va á viajar, acompañando á una señora... La... un título!... La... Esto es, la baronesa de...

ROSA. (*Estallando.*) La baronesa!... Ah! sí, sí!... lo creo!... es positivo!... como si lo viera!... Bien decia yo, que él la queria!... Bien decia yo que esa mujer era una infernal coqueta, sin pudor, sin decoro... Ya se habrán marchado!... por eso no estaba en casa... ó estaria él con ella!... Falso!... Embustero!...

FABIAN. (*Fingiendo estrañeza.*) Pero Rosa... qué le ha dado á usted?

ROSA. (*Turbada.*) A mí?...

FABIAN. A qué viene esa emocion, esa descompostura, ese furor?... Por su hija de usted no será, puesto que ya sabe usted que no quiere á Cárlos... (*Tomándola la mano.*) Por qué está usted trémula, convulsa... puesto que ella renuncia á su mano sin pena, sin esfuerzo?... Por qué late su pecho de usted con esa violencia... puesto que ella está dispuesta á casarse con otro?... Y en fin, por qué son esas lágrimas, Rosa? (*Rosa, sin responder, se tapa con las manos el rostro y se deja caer en una silla.—Larga pausa.—Fabian se acerca á ella.*) Vamos, Rosa, valor!

ROSA. Fabian!... usted es mi mejor amigo!... qué me aconseja usted que haga? Hable usted!

FABIAN. La aconsejo á usted... en primer lugar, que me

perdone usted la estratagema de que me he valido para obligar á usted á leer en su propio corazon. (*Sorpresa de Rosa.*) Sí; porque Cárlos no quiere ni ha querido nunca á esa señora baronesa... ni ha soñado en marcharse con ella...

ROSA. (*Libre de un gran peso.*) Ah!...

FABIAN. (*Continuando.*) Y tiene tanto de falso y de inconstante... como Eugenia de celosa.

ROSA. Sin embargo...

FABIAN. No hay sin embargo! Yo los he visto aquí, ahora poco, primero separadamente, luego juntos... y los pobres chicos se adoran... se adoran... y son infelices! Por qué?... cuál es la causa?... Decia usted antes que los celos?... Es verdad, los celos son los que turban su felicidad y amenazan destruirla. Pero... (*Con empacho.*) esos celos... no es en el corazon de Eugenia donde se abrigan... es en el de usted!

ROSA. (*Levantándose.*) Qué está usted diciendo!

FABIAN. Sí, Rosa, sí! Usted... usted, sin quererlo, sin saberlo quizá, es quien labra la desgracia de su hija! Usted, que hace dos meses tuvo bastante energía para retirar su mano... pero que olvidó recoger su corazon!

ROSA. Fabian, por Dios!...

FABIAN. Cuando los pobres chicos están solos, se entienden á las mil maravillas!... pero en cuanto aparece una tercera persona... adios tranquilidad, adios confianza!... Y esa tercera persona, ya lo sabe usted, es...

ROSA. No más, Fabian, no más!... Voy á llamar á Cárlos... voy á escribirle!

FABIAN. No hay para qué. Dentro de cinco minutos estará aquí.

ROSA. Bien: procuraremos reconciliarlo con Eugenia.

FABIAN. Ellos se reconciliarán, sin necesidad de nuestra ayuda.

ROSA. Y en fin... los casaremos.

FABIAN. Mañana mismo!

ROSA. (*Con prontitud.*) Mañana?...

FABIAN. (*Con frialdad.*) Tiene usted razon! he dicho mal: esta noche.

ROSA. (*Despues de una pausa.*) Esta noche.

FABIAN. Ahora bien: Eugenia tiene alguno que otro barrunto de lo que usted proyectaba con Cárlos allá en los baños...

ROSA. Cómo!... ha penetrado?...

FABIAN. Con que si usted quiere que consienta en nuestro plan, si usted quiere sobre todo que su dicha sea duradera, es preciso hacer que se aleje de ella, por ahora... la tercera persona, que sin saberlo, era un obstáculo ó era dicha.

ROSA. Separarme de mi hija?...

FABIAN. Es preciso, Rosa!... Créame usted: los matrimonios solitos!.. Cuando las personas son dos... hay una riña, una desazon, y se grita, se llora... pero el amor viene en seguida á enjugar las lágrimas, y á enlazar dos manos queridas.... pero no puede enlazar tres... No le gustan los nones... cuenta siempre de dos en dos... Y ya se vé... para que aquí se encontrase á gusto.... seria preciso que... que contase cuatro.

ROSA. Casándome yo?...

FABIAN. Precisamente! Eso asegura la tranquilidad de Eugenia.

ROSA. Yo!... Y con quién, Fabian? con quién?...

FABIAN. (*Afectando indiferencia y conmovido.*) Con quién?... Qué se yo!... con alguien que... por su edad... por su posicion... por su... en fin, con alguien que... Qué diablos!... Conmigo, por ejemplo!

ROSA. Con usted?

FABIAN. Pues es claro!... Dónde ha de hallar usted otro que más la quiera... que más se lo haya demostrado?... Y como lo que conviene es que sea pronto, que sea ahora, para que pueda usted quitar á Eugenia todo recelo... á quién ha de buscar usted más que á mi, que estoy aquí esperando con ánsia que usted abra sus lábios!... Vamos, Rosa!... buen ánimo!... pecho al agua! No quiero ponderarla á usted lo feliz que puede hacerme... eso ya lo sabe usted... y es razon secundaria: la principal de todas es que la dicha, que el bienestar futuro de su hija de usted, de su hijá querida, dependen de este matrimonio.—Ea! diga usted que sí!... Dígalo usted

muy bajito... muy entredientes.. no importa!... mi corazon lo oirá!

ROSA. Fabian!... Es usted el hombre más noble de la tierra!... Digo que sí!... y lo digo en alta voz, y lo digo con todo mi corazon!... Está usted contento?

FABIAN. Que si estoy?... Me pregunta usted si estoy?.... Dios mio!... permítame usted que me siente!... se me doblan las piernas, y me voy á caer!...

ROSA. Querido amigo!...

FABIAN. Ay!... ya pasó!... ya pasó!—Ea, no perdamos tiempo. Ahora lo que hay que hacer...

ESCENA VII.

Dichos.—CÁRLOS.—EUGENIA.

(*Cárlos se presenta primero en el foro.*)

FABIAN. Ah!... ya pareció el uno!... (*Viendo á Eugenia que se asoma por la izquierda.*) Y ya pareció la otra!

ROSA. (*Aparte á Fabian.*) Y cómo va usted á hacer para....

FABIAN. De un modo muy sencillo: va usted á verlo. (*Haciendo señas á Carlos.*) Chist!... (*Haciéndoselas á Eugenia.*) Chist!... hagan ustedes el favor... eh! los dos!... más cerca!... más!... más todavía... Aquí!... Esto es! (*Le toma á cada uno la mano y las une.*)

EUGEN. Qué hace usted?...

FABIAN. No se esperaba mi llegada para casaros?... Pues aquí estoy... y os caso.

CÁRLOS. Es posible?...

EUGEN. Pero... bien sabe usted, padrino, que no puede ser!...

ROSA. (*Acercándose á ella.*) Y cómo me marcho yo de Madrid, hija mia, sin dejarte casada?

EUGEN. Marcharte!... Y dónde vas, mamá?

ROSA. Ya sabes lo que padezco aqui los inviernos.... Voy á pasar este en París... con mi marido.

EUGEN. Con tu...

ROSA. Aquí le tienes. (*Presentando á Fabian.*)
EUGEN. Usted, padrino!... Pues cómo?...
FABIAN. (*En voz baja.*) Qué quieres!... le he inspirado una pasion violenta é instantánea!... á la cual he tenido que sucumbir!
EUGEN. De veras, mamá?... Tú quieres á mi padrino?...
ROSA. Le quiero... tanto como él merece! Juzga tú....
EUGEN. Oh! entonces le adoras!
FABIAN. (*Enternecido.*) Gracias!... gracias!...

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—NICANOR.

NICAN. Hay permiso?...
FABIAN. Qué trae usted por acá?
NICAN. Mi resolucion.
FABIAN. Hola! Se consultó al órgano?... Veamos!
NICAN. Trabajillo ha costado hacer que se pronunciase el oráculo! De una parte el candor, la inocencia y la elasticidad!... De la otra el aplomo, el relieve y la magestad!... Aquí el arroyuelo con sus brisas!... aquí el mar con sus huracanes! La tórtola que conmueve!... el águila que arrebata!... Enmedio de este laberinto, suelto la brida al corazon, y él me conduce á los piés.... de la encantadora Eugenia!... (*Echase á sus piés, retirando una solapa y descubriendo medio chaleco celeste.*)
CÁRLOS. Perdone usted: es tarde: me caso yo con esta señorita.
NICAN. Eh?... No: quise decir... á los piés de la magestuosa Rosa! (*Echase á los piés de Rosa, retirando la otra solapa y descubriendo el medio chaleco opuesto de color amarillo.*)
FABIAN. Perdone usted: es tarde: me caso yo con esta señora.
NICAN. Eh? No quise decir...
FABIAN. Qué?
NICAN. Nada... que me hallo suspendido entre dos imanes, como el sepulcro de Mahoma!
FABIAN. De Mahoma... entre moros?... Pues quieto así...

y aguárdenos usted... que pronto, si Dios nos ayuda, iremos á rescatarle!

EUGEN. (*Dirigiéndose á don Fabian.*

A vuestra sombra, padrino,
por que me ampare y defienda,
entro en la difícil senda
á que por amor me inclino.
Incierta de mi destino,
con el alma suspendida,
aguardando estoy rendida
de un mundo para mi estraño,
la muerte en un desengaño,
en un aplauso la vida!

FIN DE LA COMEDIA.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

ores volcánicos.
a oveja con su pareja. (Primera arte.)
a oveja con su pareja. (Segunda arte).
Colmado del Puerto.
esperanza de dos mundos, loa.
á la Trianera.
gra, marido y rival.
hablador sempiterno.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

escape!
das pagadas.
rtista vale más.
a oveja con su pareja.
El ausente en el lugar.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
El sitio de Zaragoza
El tejado de vidrio.
Hija y madre.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Locura de amor.
Lo de arriba abajo, ó la Bolsa y el Rastro.
Las Biografías.
Las colegialas son colegiales.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
Virginia.

COMISIONADOS DE LA ADMINISTRACION DE AUTORES DRAMATIC Y LÍRICOS.

Adra, F. A. Robles.—*Albacete*, R. S. Perez.—*Alcalá de Henares*, E. tés.—*Alcoy*, Payá é hijos.—*Algeciras*, R. Muro.—*Alicante*, A. Lloret.—*magro*, A. Vicente Perez.—*Almería*, L. Iribarne.—*Andújar*. D. Caracuel *Antequera*, J. M. Casaus.—*Aranda*, M. M. Fontenebro.—*Aranjuez*, J. M. Prado.—*Avila*, S. Lopez Hernandez.—*Avilés*, V. Sanchez del Rio.—*Ba joz*, J. Martinez y Rino.—*Baeza*, C. Treviño.—*Bailen*, J. Bonet.—*Bart tro*, G. Corrales.—*Barcelona*, A. Saavedra.—*Béjar*, M. Illan.—*Benaver* P. Fidalgo Blanco.—*Berja*, L. Iribarne.—*Bilbao*, F. Fernandez.—*Bor* M. Marco y Cadena.—*Búrgos*, T. Arnaiz.—*Cabra*, J. B. Cabeza.—*Cáce* J. Valiente.—*Cadiz*, Viuda de Moraleda.—*Calatayud*, F. Molina.—*Carta na*, J. Pedreño hermanos.—*Castellon*, M. Segarra.—*Ceuta*, J. Molina é I ñez.—*Chiclana*, M. Alvarez Sibello.—*Ciudad-Real*, Viuda de Gallego y sol nos.—*Córdoba*, R. Arroyo.—*Coruña*, J. Lago.—*Cuenca*, P. Mariana.—*D miel*, R. G. Camarena.—*Ecija*, J. Giuli.—*Estepa*, R. Pereira Gonzalez *Ferrol*, J. Lago.—*Figueras*, J. Bosch.—*Gerona*, F. Dorca.—*Gijon*, Cresp Cruz.—*Granada*, J. M. Fuensalida.—*Guadalajara*, F. Sanchez.—*Habana*, Marquez de Sterling.—*Haro*, P. Quintana.—*Hellin*, J. M. Paredes.—*Huel* J. de Osorno é hijo.—*Huesca*, M. Guillen.—*Jaen*, N. Hidalgo.—*Játiva*, Perez.—*Jerez*, F. Alvarez y Aranda.—*Jodar*, I. Coma y Prados.—*Leon*, Gonzalez Redondo.—*Lérida*, A. Lopez Morlins.—*Linares*, R. Carrasco.—*groño*, C. Verdejo.—*Lorca*, A. Gomez.—*Lucena*, J. B. Cabeza.—*Lugo*, V da de Pujol.—*Llerena*, B. Guerrero.—*Mahon*, P. Vinent.—*Málaga*. E. ñavatte.—*Manila*, A. Olona.—*Manresa*, P. Comellas.—*Manzanares*, R. I ñuelas.—*Mataró* J. Abadal.—*Medina del Campo*, C. Cruz.—*Medina Si nia*, J. Ruiz Benitez.—*Mérida*, M. de Bartolomé Diaz.—*Monovar*, J. G cía Anton.—*Mula*, M. de Toro.—*Montilla*, J. Rodriguez Perez.—*Murc* T. Guerra.—*Ocaña*, V. Calvivillo.—*Orense*, J. Ramon Perez.—*Orihue* E. Bonet.—*Osuna*, V. Montero.—*Oviedo*, B. Longoria.—*Palencia*, G. mazon.—*Palma de Mallorca*, E. Pascual.—*Pamplona*, J. Rios y Barre —*Peñaranda*, N. Hernandez Pizarro.—*Pontevedra*, M. Verea y Vila.—*Pu to de Sta. María*, J. Valderrama.—*Puerto Real*, V. Soloes y Gomez.—*Pu to-Rico*, J. Mestre, en *Mayagüez*.—*Requena*, R. Ripollés.—*Reus*. J. Vidal.—*Rioseco*, M. Prádanos.—*Ripoll*, L. García.—*Rivadeo*, F. Fernan de Torres.—*Ronda*, R. Gutierrez.—*Salamanca*, T. Oliva.—*Sallent*, D. M lagarriga.—*San Fernando*, J. Tellez de Meneses.—*Sanlúcar*, J. M. Villar. *San Sebastian*, I. R. Baroja.—*San Lorenzo*, S. Herrero.—*Santa C de Tenerife*, P. M. Ramirez.—*Santander*, P. Basañez.—*Santiago*, B. cribano.—*Segovia*, J. Sancho Pulido.—*Sevilla*, F. Alvarez.—*Soria*, Perez Rioja.—*Talavera*, A. Sanchez de Castro.—*Tarazona*, P. Veraton *Tarifa*, J. Moriano Piñero.—*Tarragona*, J. Pujol.—*Tarrasa*, F. Ubach.—*ruel*, V. Castillo.—*Toledo*, J. Hernandez.—*Tolosa*, J. M. de Lalama.—*To* A. Rodriguez Tejedor.—*Torrevieja*, A. Vela.—*Trujillo*, S. Bravo.—*Tude* M. Izalzu.—*Ubeda*, C. Treviño.—*Valencia*, F. de P. Navarro.—*Valladol* A. Gutierrez.—*Vigo*, A. Martinez y Forlany.—*Villafranca de los Barros*. Guerrero y Romero.—*Villanueva y Geltrú*, Creus y Bertran.—*Vitoria*, Hidalgo.—*Zafra*, A. Oquet.—*Zamora*, M. Conde.—*Zaragoza*, M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la Plazuela de Sta. Ana, 20, ba